

El Ropero

Enrique Salazar Peralta

Tercer premio estatal de literatura para el adulto mayor 2013
Categoría: Memoria



El Ropero

COLECCIÓN
AGUA FIRME 

El Ropero

Enrique Salazar Peralta

Tercer premio estatal de literatura para el adulto mayor 2013

Categoría: Memoria



El Ropero
© Enrique Salazar Peralta
Primera edición 2015

ISBN: 978-607-8222-81-0

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Con amor para la Luz Ariana de mi vida.
Rodrigo, Lucienne Ariana, Sergio Enrique y Raquel.
Sergio Enrique, Eduardo, David, Luis Arturo.
Hijos y nietos de mi corazón.

A Raúl Velasco Ugalde, por su generosidad.
En la atmósfera de su casa de la Rue de Fossés Saint
Marcel en París, donde se escribió este texto en 1973.

A Rolando Aguilera Zárate, por la selección
de los textos y por armonizar las historias
de contrabando y las mías propias.

A Ángel Lumbreras,
por el diseño de la portada.

La literatura existe porque la vida no alcanza

Antonio Tabuchi

*Un libro que no encierra su contralibro
es considerado incompleto*

Jorge Luis Borges

*Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber qué hacer,
tener miedo a tus recuerdos*

Pablo Neruda

*No hay nostalgia peor...
que añorar lo que nunca jamás sucedió*

Joaquín Sabina

*Que importa que a un niño triste se le haya
olvidado el deber de ir a la escuela.
Que suenen las campanas y él cruce los puentes.
Si es feliz, si él come y él duerme.
Si es un caracol siempre con su casa a cuestas*

Alcira Soust Scafo

CAPÍTULO I

Toma el llavero abuelita

*Pero a ti que vives de sueños,
te placen más los sofismas y embustes
de los que parlotean sobre cosas grandes e inciertas,
que las ciertas y naturales y de no tanta altura*

Leonardo Da Vinci

Tu casa estaba por el canal que corre de poniente a oriente, a lo largo de las chinampas de la Magdalena Mixhuca, por el otro lado del campo aéreo militar de Balbuena. Ese pueblito tenía cine y cárcel, rodeado de las colonias La Cruz, Sevilla y Álvaro Obregón. La Jardín Balbuena todavía no existía y se construiría sobre las pistas de aterrizaje; la Tlacotal con el tiempo se levantó sobre las chinampas de Iztacalco. Así estaba constituido tu mundo infantil: Aquí o allá en el borde de los canales, arriba de los ahuejotes, o tirado en el zacate junto a los aviones de la pista de Balbuena. Llovía, salía el sol. Regresaba tu padre del trabajo y era tiempo de comer las cosas ricas que tu madre extendía en la mesa,

junto a tus hermanos Juan, Arturo, Edmundo y tus hermanas Raquel, Yolanda y Ana María. Tiempo de amor, de alegría. De sentarse en las piernas de tu padre y sentir su barba raspando tu cara, de salir al patio, regar las plantas y podar los árboles.

Todavía a finales de años cuarenta el ejido de la Magdalena Mixhuca era uno de los lugares de mayor esplendor botánico del Anáhuac, junto con Chalco y Xochimilco. Una fuente espléndida de especies alimenticias, florales y medicinales, lugar que guardó los secretos de la herbolaria y tuvo fama de contar con buenos curanderos, matronas y temazcales.

Las chinampas fueron una innovación agrícola en la construcción de islas artificiales en México Tenochtitlan. El agua corre entre ellas, su olor y color es de legumbres. Es agua vegetal que en la noche se convierte en chapopote con perfume de clorofila. Navegan las chalupas entre el chichicaxtle y lirios acuáticos. Los chinamperos de la Magdalena Mixhuca son la satisfacción personificada al llevar rábanos, nabos, zanahorias, espinacas, coles, espárragos, jitomates, poro, coliflor, apio, ajo, cebolla, ejote, papas, calabacitas, chiles, alcachofas. Se van en acales y las chalupas de Ixtacalco como pasaron en la antigüedad por Jamaica, por el canal de la Viga, por los Indios Verdes de Cuauhtemoczin y las acequias que se internaban en la Merced y el centro de la Ciudad de México llevando el aroma agradable del epazote o el sabor hermoso de los tomates.

Su iglesia era un edificio de piedra negra volcánica en forma arcada con una cúpula octagonal y unos pequeños vitrales. A un lado había un ojo de agua entre los

carrizales donde las mujeres lavaban la ropa y los niños nadan entre peces de colores, ajolotes y víboras de agua. El códice Boturini refiere que la peregrinación de los aztecas vivieron en Mixhuca, antes de fundar la Gran Tenochtitlan y el Códice Xolotl lo confirma. La tradición señala que en Mixhuca donde está el templo, estuvo la casa de campo y el jardín botánico del emperador Moctezuma. El templo tenía un patio al frente, en una esquina un cedro y en la otra una pequeña capilla al aire libre. El paso de los tiempos dejaba ver un lugar poco atractivo. Al interior, la misa interminable se escenificaba entre bostezos, el fastidio y la ansiedad de escapar de ese purgatorio de ceras y de imágenes sepulcrales. La muchedumbre entre altares y púlpito de madera, de olor penetrante a brea, sudor primaveral a tierra mojada y orines de niño. En el sermón de las doce del día por esos sacerdotes furibundos que oficiaban un ritual incomprendible en latín a un pueblo sometido a las condiciones de miseria, que los escuchaba con veneración y angustia. Los sábados los niños asistían a catequismo. El interés no era la doctrina sino que materializara en sus manos la bolsa con dulces, frutas y galletas. En Semana Santa, las imágenes de los santos se cubren con telas moradas. El viernes santo llevan la escultura de Jesucristo en procesión por las calles y entra al templo cargando una cruz que pasa entre los fervorosos, que portan las velas de cera amarilla.

Las mujeres de rostro indígena se cubren con el rebozo y hablan en voz baja los chismes de la semana. Pueblo murmurador, chismoso e indiscreto, deporte social que en esta plaza despliega sus galas. Aquí, señoras y

señores se difunde la noticia alrededor del kiosko. Suenan nuevamente las campanas, los hombres tiran sus cigarros al suelo, las mujeres se arreglan el rebozo, todos se levantan de las bancas a la una, a las dos y a las tres, ¡ya! Cruzan la calle, llevando consigo a jalones a sus hijos. En la entrada de la parroquia se forma un remolino. Unos salen de misa y otros entran, se oyen cuchicheos y saludos. Después del alboroto, todo se acalla y aquieta.

Afuera del templo se encontraba toda una gama del comercio ambulante: chicharroneros, fruteros, dulceros y puestos en los que vendían aguas frescas, tortillas, sopes, pulque, mole, arroz, frijoles. Todos esos aromas de pápalo, orégano, ajenjo, perejil, tomillo, cola de caballo, gordolobo, yerbabuena, romero, alfalfa, cilantro, berros, romeritos, acelgas, espinacas, quesadillas de flor de calabaza, pan de pulque, cocolos de anís, carne de puerco con verdolagas en chile verde, quintoniles, cebollas de cambray, huitlacoche, salsas rojas, verdes, en molcajetes gigantes, guacamoles, salsas de chile morita, pasilla, chipotle, serrano, que esas mujeres de moños rojos en las trenzas y mandiles de flores bordadas en el pecho, sus manos morenas mueven esos pesados tejolotes, olores de leña de pino que atizan el cazo de los chicharrones de puerco, las tortillas de maíz azul o cuispintillo, frijol cocona, negro o bayo, quesos de Chalco, nopales de Milpa Alta, chorizo de Toluca y dulces de Ampudia: dátiles, alfajores, cocadas, acitrones y calabazates.

La Magdalena estaba empedrada con una distribución urbana irregular, grandes casas cómodas y otras apenas unos cobijos alineados en la calzada de la Magdalena y alrededor de la amplia plaza con un kiosko al

centro. Abajo una fuente de agua pura, y arriba tocaba de vez en cuando la banda de música. También año con año se instalaba la feria. La gente preguntaba: ¿vas a la feria de La Magdalena? Te encargo perejil, salvia, romero y tomillo.

Y en tiempo de la feria la plaza se llenaba de gente. Y sube, sube la rueda de la fortuna, vueltas y vueltas da el carrusel, pum pum el juego de tiro al blanco, los peligrosísimos bombarderos B29, Enola Gay, Hiroshima y Nagasaki. Las sillas voladoras impulsan con fuerza las sillas delanteras. En la lotería se pregonan las cartas o se gritan: bello primor, bello portento, que haces afuera vamos pa'dentro. Y el pregonero grita: ¡La botella! Se le pasaron las cucharadas: ¡El Borracho!... ¡No porque la vean chichona quieren mamarle todos!: ¡La Sirena!

Recuerdas mucho esos días. El tiempo pasaba lento, sin que nadie los apurara. Hablaban con seguridad de lo que conocían. Ni odio, ni ambición, era amor y largueza, senda sin marcar, sólo andar al pasito. Era perseguir mariposas cuando no era ayer sino mañana y las cosas eran, nada más. En los meses de febrero y marzo elevabas papalotes a la orilla del canal de unos seis metros de ancho, por la calle de Agiabampo, una amplia calzada, alineada de álamos y fresnos, a un lado una hondonada sombreada durante el día y una cama fresca por la tarde. Ese es el lado que a todos les gusta, el árbol de doble rama. Su rama alta torcida durante el día les sirve para lanzarse con la cuerda o colgar el columpio, en las tardes la rama baja era una banca de los enamorados.

En primavera bajaban a las calles los gusanos llamados azotadores, con los colores del tigre de Bengala.

Si los pisan, su sangre es color aguacate, verde vegetal intenso. Es tiempo de subir a los árboles y de regresar jadeantes a las casas con manchones de ocre del hierro sometido a la humedad de esa tierra oxidante, fresca, de carreras aladas, con sus ojos de gato que vencen la profundidad de la noche. Con las luciérnagas que acarician el viento. Héroe con rostros de ángeles sonrientes, con pantalones con parches en las rodillas, que juegan a los encantados y a la roña, a las canicas, al balero, al yo-yo, al trompo, la perinola que dice *Toma Todo, Pon Uno o Todos Ponén*. Su edad cinco o seis años, el girar tomados de las manos: “a la vuelta, vuelta de San Miguel, San Miguel todos van con su caja de miel, o una mexicana que frutos vendía, ciruelas, chabacanos, melón o sandía...”

Contar del juego de esos tiempos, aquel que nunca se volvió a jugar. Un juego de honor como la hojita verde, donde los participantes se comprometen a respetar las reglas. Jugar a la hojita verde, es algo que te enseña a despertar y eso duele. Si no estás listo, perderás todo lo que tengas en los bolsillos si no traes tu salvoconducto: Una hojita verde —¡Este es el juego!—. ¿Le entras? Las reglas eran muy simples, las sabías desde un principio. Qué se perdía o se ganaba, cuando alguno de la palomilla solicitaba el salvoconducto. Y así aceptaste jugar como los adultos con la propiedad privada. Ese día del trato, todos corrieron por sus hojas, las más verdes, frescas y resistentes; de laurel, eucalipto, ciprés, álamo, olmo, incluso aquellas que no lo parecen como las de las casuarinas, unos tubitos como cañas que embonan unas con otras. Y en ese tiempo precioso, ese juego no los apartaba de otras actividades como la aventura, en

el despertar a la vida, emprender sus caminatas por el pueblo, zambullirse en el manantial, brincar las cercas, sobre los canales orinar y producir arcoiris a contraluz, robar duraznos, rábanos, betabeles y escapar de las pedradas de los chinamperos, que estaban dispuestos a descalabrarlos y quitarles lo rateros.

Ver las nubes panza arriba y jugar con pelotas hechas con el hilo de los calcetines viejos. Con la resortera perseguir a las lagartijas, o saltar las chinampas y robar los rabanitos. Jugar con los huesitos de chabacano pintados de colores de anilina, jugar a pares o nones y al tiro al caballón del diablo. Ese mundo que es un juego, para el que no se necesita nada, basta una hoja verde para poder jugar. Y un día alguien se olvidó de su protección y perdió todo lo que traía en las bolsas: una moneda de cinco centavos, un trompo y tres canicas. Todos estaban pendientes de cortar a primera hora sus hojas, ya sea dentada como la del rosal o estrellada como la hiedra. Dispuestos a solicitarla a quienes están comprometidos en el juego, siempre con un intervalo de un cuarto de hora. Válidos a cuartos. A cuartos de hora, la vida que se suspende cada hora en cuatro tiempos.

Recuerdas cuando tenías como cinco años, cuando con tus padres pasaron una semana santa en San Martín de las Pirámides, un pueblito que estaba dentro de las pirámides de Teotihuacán. La casona estaba adosada a la Calzada de los Muertos, situada entre las pirámides del Sol y de la Luna, en el lugar del Palacio Quetzal-Mariposa. La familia anfitriona había vivido en la casa por generaciones cuidando los murales coloridos y extraños en esas cámaras oscuras, que iluminaban con linterna de

pilas. Un espacio, construido para ser caminado y subir a los sitios más altos, pero también para incursionar a los centros energéticos de las profundidades de la tierra, recorriendo las cavernas cercanas.

Las columnas que forman los salones principales del Palacio Quetzal-Mariposa las guardaron enterradas bajo la casa. Las piedras de Teotihuacán desde tiempos de la colonia eran muy apreciadas y desmontadas para ponerlas en una esquina o para construir los marcos del portón principal de palacios e iglesias en ciudades. Durante siglos esas familias conservaron como centinelas esos libros públicos, auténticos documentos de sabiduría y arte. Fueron conservadores de esos monumentos, cuidaron con celo para ser gozadas por las nuevas generaciones. El viaje permite percibir la extensión, movimiento y color de la luz.

Esas construcciones magnificentes se construyeron para contrarrestar la vanidad del hombre, era necesaria una percepción de pequeñez para apreciar el infinito. La energía de ese microcosmos representa al mismo tiempo el universo y un sentido comunitario para vivir en la urbe. Un gran juego, una ecuación existencial de transformar lo natural en una abstracción y sentimiento de gran pequeñez y al mismo tiempo de un principado en la gloria.

Y pensarás en ese día, cuando llegó doña Estela, con su flaca figura, y que con su andar tenso pasa junto al Duque que inquieto se acerca a ella, deseando envolverla con su cuerpo y abanicarla con su cola. Pero ella lo atajará con un reflejo, haciéndole volar pelusa del noble perro, que regresará contigo con la cola baja,

mientras le pasarás la mano por el lomo. El Duque se estremecerá y levantará su cuerpo de viejo pastor alemán, mientras cruza la sombra de esa mujer frente a ustedes. Dará vuelta atrás de la casa, la seguirá despacio el Duque a corta distancia. Doña Estela, deja su bolsa sobre una silla de la cocina y saludará a tu madre, quien le contestará, mirándola un instante, mientras extenderá una tortilla sobre el comal.

En contraste con la juventud de tu madre, doña Estela tenía esas largas y finas arrugas en su rostro siempre apesadumbrado, con matices cenizos y dorados. En ese rostro huesudo se deslizan las lágrimas que esconde tras el rebozo. Murmulla una especie de letanía apenas inaudible, diciendo una nueva frase para ti: ¡se murió el niño!

Josefina deja de hacer tortillas y consuela a la vieja, diciéndole:

—Es la voluntad de Dios, a Él habrá que pedirle resignación.

—Es una desgracia. Es una prueba muy dura. Pero sólo Dios en su infinito poder, sabe por qué ha obrado así.

Doña Estela con su voz baja, expresa su tristeza habitual. Josefina, tu madre, la escuchará con atención y sentirás algo en ese diálogo que se desbordará como una ola que trae tormentas de todos los rumbos de la Ciudad de México, para venir a chocar en el oído receptivo de tu madre, que guardará para sí, sin siquiera un comentario, encerrada en su casita entre una pista aérea y las chinampas de la Magdalena Mixhuca.

Observas esa situación con suma extrañeza. Escuchas a tu madre que dice: sabemos que es un momento difícil el que están pasando ustedes.

—Así es, estábamos tan encariñados con Gabrielito.

—Dígale a Maura de mi parte que compartimos su dolor y que recuerde que siempre tiene aquí ayuda, que con nosotros ella puede contar. Precisamente tengo un dinero que le voy a mandar para que se ayude en esta difícil situación. Espéreme un momento voy por él.

Minutos después, regresará tu madre con un billete en la mano, que le extenderá a doña Estela.

—Dios la bendiga doña Josefina.

—No es nada.

—Muchas gracias.

—No se preocupe.

—No sabe lo que esto nos ayudará.

—Ya le dije, que no se preocupe. Dígame cuándo es el sepelio.

—A las cinco saldremos para el panteón de Santa Anita.

—Allá los iremos a acompañar.

—Bueno, ya no la entretengo, me despido, hasta luego.

—Adiós, doña Estela.

Miras cómo se cubre con el rebozo negro el pelo entrecano. Pasará esa mujer de caminar nervioso entre ustedes y dará vuelta por el patio. Observas ahora a tu madre que se enjuaga las manos y regresa a aplaudir. Con un elegante movimiento de manos, extiende el disco de masa sobre el comal. Rápidamente da vuelta a otras tortillas. Cuando gire su cara frente a ti le sonreirás, pero

ella se ha quedado muy seria. Le pides una tortilla y se enjuaga las manos en el agua neja. Toma una del chiquihuite, le pone sal, la enrolla, extiende su brazo, mientras te dice:

—Siéntate, no quiero verte parado o dando vueltas, no te vayas a caer.

Y en eso llegan tus hermanos de la escuela y piden de comer.

—No toquen nada —dirá tu madre—, primero pongan la mesa. Podrán comer después de que llegue su papá. Al sonar el silbato del tren que va de San Lázaro a la Coyuya, el Duque te acompañará a esperar a tu padre.

A lo lejos ves a don Arturo, un hombre de overol, con un sombrero de fieltro. El Duque que lo habrá reconocido también, ladrará. Viene caminando junto a las ramas verde claro de esos sauces llorones que el sol casi transparente junto al canal. Las hojas caen sobre esa calle curva que mira cómo tu padre regresa a casa. Esperarán a que llegue a la esquina, entonces correrán a su encuentro y ese voluminoso hombre te atraparé entre sus brazos y te cargará hasta llegar a la puerta de la casa. Después de darles de comer, Josefina les cambia de ropa y salen a la calle. Cruzan el puente y llegan a una casa vieja pintada de amarillo. Afuera de la puerta se encuentra doña Estela que los acompaña al interior de la casa. Allí está el niño, vestido con una batita blanca, un listón en la frente y otro amarrándole las manos. Está en los brazos de su madre. Te lo imaginarás soñando en quién sabe qué, en una vida no vivida, diferente de la tuya. Tocas su pielecita húmeda, sus deditos suaves. Tu mano de niño de cinco años abandona esas manitas frías.

Será Maura, quien lo cargará con ternura y te dirá:
—Mira a este angelito que se va ir al cielo.

Algo importante está sucediendo. Como que ese día no es igual a otros, en que juegas con tierra, lombrices y gallinas ciegas, de llenar latas de sardina con grava y meterlas en la pileta del lavadero o de ir con tu hermano mayor a robar zanahorias o rábanos a las chinampas. No, este día no será igual a otros. No todos los días un angelito se va al cielo a ver a Dios. Entonces, te acercarás al muertito y le hablarás muy quedito para que solamente él pueda oírte, para que sea un secreto entre los dos. Y verás en su ojito entreabierto un río limpio de agua resplandeciente, como de cristal. Verás su rostro y sobre su frente una cinta blanca de satín y unos signos. No sabrás qué hacer después. Están todos en silencio en ese lugarcillo lleno de agua y flores, de nubes y gladiolos. Mientras el sol declina penetrando la ventana a través de los pliegues de la cortina, tu hermano Arturo, cinco años mayor que tú, te lleva hacia la mesa donde está una cajita blanca, donde el satín forma flores, caracoles, estrellas, cometas e infinidad de figuras geométricas. Afuera, en la calle de terracería, en varias piedras grandes pegadas a la pared, las mujeres enrebozadas hablan en voz baja mientras los hombres en grupos de tres y cuatro platican, fuman y ríen. Los niños juegan a las canicas. Después, cuando llegue la carroza de madera grabada y pintura plateada, pondrán al niño en la cajita, con los ramos de flores. Tú y tu hermano irán con él. Cruzarán la puerta del panteón y pondrán la cajita en la profundidad de un pozo. Tu vista

seguirá hasta el fondo y luego las figuras geométricas se irán cubriendo de tierra.

Tu abuelo ese viejo carpintero, enérgico, bohemio y espiritual, insistía en que lo acompañaras todo el tiempo. Te decía: tú serás el báculo de mi vejez. Y con esa expresión se daba el convencimiento de tu aceptación. Esa palabra, báculo, te intrigaba pero te parecía inadecuado preguntar. Y daba lo mismo que lo supieras o no. Le ayudabas a sostener una madera, que cepillarías, o estirar una tela de mosquitero, clavar cientos de clavos, o colocar una puerta en los marcos en las mañanas antes de asistir a la escuela o bien los sábados.

Una tarde con tu abuelo regresaban a casa. Al pasar por el puente, miraba con sus ojos claros y brillosos hacia donde estaban las chinampas y desdeñaba cruzar por el atajo hacia la casa, por ese campo de esmeraldas que había ya dejado de cultivarse y estaba convertido en un yermo, marcado con veredas que marcaban la ruta para ir al establo, para ir al pueblo, a la carbonería o al cine Magda. Y caminando por esa larga calle empedrada de la calzada de la Magdalena, pasaron a la Bella Carolina por un garrafón de pulque. Saludaba a todo mundo. Tu abuelo no tenía enemigos, aunque alguna vez recibió un balazo que le dio don Guadalupe Aróntes, el dueño del Capricho, pero fue por pacificador, dicen. Mientras, afuera de la pulquería, te entretenías viendo cómo una jauría se acercaba al comal de la viejecilla que de día vendía tripas fritas con papas frente al departamento de mujeres. De vez en cuando, la mujer daba de gritos y salía alguien a espantarlos con piedras junto al letrero que decía: se prohíbe la entrada a mujeres, menores de

edad, boleros y uniformados. Luego, aburrido, comenzabas la búsqueda de tu abuelo y te asomabas por debajo de las hojas abatibles. En las mesas jugaban conquin, brisca, otros juegan rentoy y pítima. En un rincón al fondo de ese salón con piso de aserrín pintado estaba el viejo, sonriente, con un bigote que arriscaba hacia arriba y afuera de la cara, contando su anécdota revolucionaria. Te hacías notar o si no llegabas hasta donde él estaba, y le decías: abuelito, ya vámonos, tengo hambre.

—Sí, hijito.

Y dirigiéndose a los compañeros ocasionales que bebían de esos tarros con agujeros llamadas cacarizas les gritaba: ¡Vayan con Dios las viruelas, que yo nunca fui cacarizo! Se carcajeaba y apuraba el vaso hasta ver el fondo. Mientras, sus amigos sonrientes por la alusión, apuraban la cacariza.

Caminar con él era seguir a un príncipe con un paso acompasado, una especie de danza rítmica. Rodear la tierra de un viejo cansado por el trabajo, que con una mano balancea la canasta de la herramienta. Nada que ver con el uno, dos, uno, dos de los soldados o el marchar en el patio de la escuela. Era el vaivén de un barco en las olas, en la costa, un vals acelerado, un abandonarse al tiempo. Una fortaleza de árbol correoso que puede rasgarse pero no doblarse.

Las Bicicletas era la polka preferida de tu abuela. Cuando había una fiesta con mariachi, esa pieza se la dedicaban sus hijas: Juana, Josefina, Zenaida y Ana María, que le gritaban: que baile mamacita, que baile su pieza. Y alguna de tus tías la sacaba a bailar. El resto de la familia reía de ver a la abuela dando vueltas en el

salón con la estridencia de las trompetas y en el fondo la voz de Lino del mariachi de Silvestre Vargas, cantando: “Esas modas que han venido de París y Nueva York...hay muñeca de mi vida no me vayas a olvidar”. Con el talón y la punta y una carrerita a ritmo de uno dos tres uno dos tres, giro tras giro, ya va para allá, ya viene para acá y los brazos suben y bajan al ritmo de uno dos tres, con las risas de los invitados al festín. Luego el sofocamiento de la abuela que busca una silla al sentir taquicardias y casi desmayarse.

Su lengua materna era el náhuatl y no le gustaba hablarlo, porque la trataban con discriminación. Nadie quiere ser o parecer un indígena, aunque lo sea. En cambio Benigno tu abuelo, disfrutaba salpicar palabras en náhuatl en las pláticas con la raza. Ashcanqueme, ce, ome, yei, chicome, chicuace, chinahui, hasta moxtla. Participaba de la sabiduría ancestral de los pueblos originarios del Anáhuac, de la medicina, la herbolaria para la salud integral, el desarrollo humano y la espiritualidad. Y celebraba el diecinueve de noviembre a Yanakuik Tlachinoll, el fuego nuevo.

María de Jesús era una elegante mujer indígena de ojos de lucero y capulín, negros vivaces y vestía de negro. Con Benigno y sus hijas huyeron de la revolución y sus calamidades. Buscaban escapar del hambre y los sufrimientos. Se estacionaron para dar a luz a Josefina, tu madre, en una vecindad de la calle de Tenochtitlan, en Tepito, en plena Decena Trágica. Las salidas de México se hicieron imposibles porque eran alternadamente controladas por ambos bandos. Era una situación difícil para los que recién habían llegado a la ciudad. La mala vida de

la revolución y las condiciones económicas eran motivo de preocupación. En ese estado de sitio era común que faltara siempre algo. La especulación golpeaba a los pobres con fuerza y también a los ricos, aunque estos podrían pagar al precio que fuera. La crisis política y familiar los obligó a quedarse en la Ciudad de México. Si no hubiera sido por la Decena Trágica, ¿quién sabe a dónde hubieran ido a parar? Un domingo, tu abuelo hizo una barbacoa de borrego y la llevó a la plaza de San Bartolomé de las Casas. Fue un éxito total. Benigno cortaba la carne y Jesusa hacía tortillas sobre un comal y leña. Con la primera tortilla armó un taco, lo llevó a la boca y lo comenzó a masticar, mientras, la clientela que ya se había juntado, lo miraba con antojo. Benigno les presumió: está muy bueno el borrego.

Una señora decía con ansiedad: —Por favor señor, deme uno a mí. Y otros también la secundaron. Pero entonces, Benigno dijo: por favor tengan calma, porque si no como uno más, me voy a quedar sin comer y les aseguro, que en estos días, no se encuentra tan buena barbacoa en México.

Benigno sabe mucho de hambre y hartazgo, de dicha e infelicidad. Puede contar en maya y náhuatl cada día, cada kin y seguir las lunaciones en el calendario de Galván y de las constelaciones astrológicas, así como enfrentar la vida y la muerte. Su tosco sombrero lleno de aserrín y bajo el ala su rostro parecido a Van Gogh. Sus ojos claros y su bigote arriscado a la vieja usanza de primeros años del siglo veinte. Su mandil de dril azul claro y su fuerte mano rosada de venas azules saltonas, sostiene firme una herramienta. Su frente llena de sudor

refleja el esfuerzo con la garlopa y el serrucho. Después de haber trazado la escuadra, gramil y el lápiz que sostiene en la oreja derecha, mientras entre los labios tiene una colilla de cigarros Tigres o Casinos, con esa mirada fija sobre el hilo de la madera, va llegando a la línea establecida hasta llegar al instante del trazo perfecto.

Viejo carpintero, padre del serrín.

No martillos más nuestros recuerdos, abuelo.

Dos celebraciones en la vida para tu abuelo tenían mayor significado: San José y la Santa Cruz. Bajaba una cruz de madera que estaba en la esquina del taller, la pintaba de color plata y le colocaba flores en los extremos. No era día de trabajo. Compraba o sacaba del trinchador una botella de tequila Centenario y tu abuela preparaba un mole, con los condimentos molidos en el metate y guisaba una gallina que había seleccionado de la media docena que tenía en la jaula de la azotea. A mediodía ya estaba la mesa lista. Tu abuela servía los platos y tus tías, que entonces estaban solteras buscaban el Cancionero Picot y ponían una pieza de Los Panchos en el tocadiscos. Esos discos de pasta negra con la marca Columbia en el centro que se tocaban con agujas de acero. Tu abuelo sacaba la botella de tequila y se servía una copa alta, acompañada con su limón y su sal que ponía en el dorso de la mano y tarareaba *Sin ti* y apuraba otro trago. Para no dejarte atrás, te dio a probar un rompopé. Era la bebida con la que entrenaba a la niñez.

Jesusa seguía con su vieja costumbre de guardar en la alacena o en el ropero dulces para sus nietos, que después se hacían rancios. Todavía el sabor rancio de la comida te recuerda a ella y a la revolución. Gracias a la

abuela supiste el sabor de las legumbres y gozaste de las delicias de la comida indígena: gusanos de maguey, tejones, chapulines. Pero el sabor más amargo que hayas probado fue el de una cucharada de Emulsión de Scott. Sólo una cucharada bastará para que te transportes a la amargura y ese sabor te fastidiará la existencia. Tu madre como tu abuela tenía ese sentido optimista, propio de los torturadores. Decían: la emulsión es un complemento nutritivo con base en aceite de bacalao. En tu casa, el bacalao era un platillo navideño de gran aceptación, pero como aceite era una cruel experiencia cotidiana para un niño de seis años, que se lo merecía como castigo por haber transcurrido sus días de melindroso.

El día de las madres de 1952 le regalaron a tu abuela un televisor Silvertone. Para sus hijas y nietos será su adoración. Silvertone traerá un espíritu innovador que cambiará la vida de ese hogar tradicional, cuya diversión era la radio con radionovelas, sus cantantes de moda, el tocadiscos de pasta. Con el televisor dejarán de escuchar el radio y los discos cada semana. Ahora seguirán a los canales dos y cuatro.

Esa abuela de trenzas largas había nacido en Tulancingo, Hidalgo, como “El Santo”, el enmascarado de plata. Había una identidad genética que se expresaba cuando los viernes de lucha libre lo animaba frente a la pantalla de la televisión. ¡Dale Santo... dale duro! Era tu adversaria porque tú preferías la lucha aérea y los saltos hacia fuera del ring de Black Shadow y Blue Demon. También en el mundo enrarecido de la pantalla de televisión aparecía el Cavernario Galindo, el Médico Asesino, la Tonina Jackson, Wolf Rubinskis. Por el uso

de llaves y las reversiones de llaves, no era raro encontrar un cerrajero entre los luchadores como Enrique Yanes.

El sábado veintinueve de noviembre verás cómo la pantalla llena de puntitos se convierte en objetos, personas y paisajes. Es la tarde en que se inaugura el estadio de Ciudad Universitaria. Esos puntitos serán las jugadas del fútbol americano en la disputa del campeonato nacional entre los Pumas de la Universidad y los Burros Blancos del Politécnico y atestiguarás uno de los momentos culminantes del primer clásico por televisión. Las crónicas dirán que ese juego fue histórico, al ser observado por más de cien mil espectadores, cuando el estadio tiene capacidad de un poco más de setenta mil. A pesar del caos del encuentro, los Pumas derrotaron a los Burros Blancos 20 a 19. Mirarás cómo pocos minutos antes de terminar el partido el marcador será diecinueve a catorce a favor del Poli. Ya era de noche y el lado del politécnico se iluminaba con antorchas y la porra del güelum gritado por miles de gargantas que sienten cercano el triunfo.

Serás testigo de un momento extraordinario, cuando el half Ramiro “Tigre” Medina se descolgará con el balón cuarenta yardas en un gran acarreo. Y luego en menos de dos minutos, el novato QB Gustavo “Pato” Patiño manda un pasecito pantalla a Juan Romero desde la yarda 30 del Poli y será apoyado con el bloqueo de Alfonso “Desalmado” García, Delmiro “Turco” Bernal, Mauricio Arriaga y Fernando “Cocodrilo” Lara, y correrá hasta lograr el touchdown, la anotación dará vuelta al marcador diecinueve-veinte. Faltando unos segundos

para el fin del encuentro vendrá un desesperado intento del Poli para cambiar el rumbo del partido, con pases del extraordinario fullback Guillermo “Chucus” Olascoaga a Omar Fierro, pero sólo llegarán a la yarda 15 universitaria cuando se acaba el tiempo. El lado universitario grita su alegría y el brillo de las antorchas engalanan la noche del triunfo.

Después de eso que llaman andropausia, Benigno se volvió un viejo cascarrabias. Conservó su cuerpo de muchacho, algo encorvado pero con un alma agria, envejecida y maltrecha. Por las palabras y los gestos se adivinaba la falta de estímulos para una buena vida. La paz interior sólo puede llegar a las siete de la noche. Tiempo en que Jesusa deja el pedaleo de la máquina de coser Singer, pone la bacinica bajo la cama, la lectura de la *Biblia*, poner aceite y cambiar los pabilos para iluminar las imágenes de Jesús y la Virgen María. La recámara mostraba lo evidente, dos camas y arriba de cada cabecera un altar a Cristo y a las vírgenes del Carmen, de Guadalupe y de San Juan de los Lagos. El aroma de aceite quemado, era un aroma del cuarto particular. Benigno leía la *Biblia*, oraba y se dormía.

En realidad no había malos tratos, era la costumbre de ser impersonales, una falta de tono expresivo entre los viejos. Era una enfermedad de vivir juntos. No eran necesarias las palabras abruptas, bastaban los vacíos de silencio. Te preguntaste: ¿es la indiferencia una enfermedad de las personas a las que se les pinta el pelo de color plata?

El apellido Peralta se deriva del latín: per altius, por arriba. En la antigüedad se aplicaba a los constructores que trabajaban en las alturas o a los que vivían en

lugares altos. Hay trabajos que requieren cierto entrenamiento para evitar el mareo o los vértigos de la profundidad. “Peralta” en portugués se aplica a los niños latosos. En México, la fama bien ganada es que todos los Peralta son unos tramposos. La síntesis es que lo fueron, lo son y siempre lo serán. El pasaje de cómo obtuvieron la fortuna es muy simple. A finales del siglo diecinueve, cuando iban Benigno, Celso y Delfino a caballo, los alcanzó una tormenta cerca del casco de una hacienda. Se guarecieron bajo un frondoso árbol que crecía dentro de las bardas de una construcción en ruinas. El caballo que montaba Benigno era un caballo lusitano muy educado, propiedad de su primo Anarcasis Peralta. Mercurio comenzó a tamborilear el suelo con las patas delanteras. Gran caballo, el más bello de todos los equinos; siempre tuvo los sentidos muy aguzados. Benigno dijo: el caballo nos advierte que algo le parece extraño en la tierra. Entonces, Delfino dijo: escucho con claridad las patadas de Mercurio, hay dos sonidos diferentes, puede anunciarnos que abajo hay una caja de muerto o un tesoro.

—Tienes razón hermano, mañana vendremos con herramienta y exploraremos el lugar.

Al día siguiente, por la mañana comenzaron las tareas de preparación para explorar las ruinas. Se hicieron acompañar aparte de los tres, por Anarcasis, cuatro a caballo y jalando una carreta de bueyes cargados de zapapicos, palas, barretas, marros, cinceles, cuerdas, escopetas, pistolas y belduques. De ida cruzaron un puente de piedra mientras soplaban el viento y bajaban la neblina. Delfino le dijo a Anarcasis: seguramente primo, verás cumplidos tus deseos de fortuna.

Y efectivamente en ese lugar donde había bailado Mercurio encontraron un baúl con más de dieciséis mil pesos en oro y más de diez mil reales en plata. Las monedas más nuevas correspondían a maximilianos de 1867, la mayoría eran coloniales. Así que concluyeron que era de hacendados conservadores, derrotados por los liberales, que ocultaron los recursos de la hacienda, que no salvaron la vida, de lo contrario hubieran regresado por el cofre. Lo malo es que todo es pasajero. Después de la vida de los Peralta, lo único que quedó del tesoro fueron esas cuatro monedas de plata acuñadas en la Casa de Moneda de México y que fuiste a encontrar en un cajón de madera lleno de viruta, abajo del banco de la carpintería.

Cuando descubrieron el cofre de hierro y bronce lleno de monedas de oro y plata, montaron todo en la carreta y la neblina los envolvía, Celso con mal presentimiento dijo:

—El dinero es la perdición, hemos cavado nuestra tumba. Con este tesoro ganaremos el mundo y perderemos el alma.

Y Anarcasis le contestó: estás equivocado idiota. Tener dinero, propiedades, quedarte con una dama, tener una deliciosa comida y bebida son los mejores regalos de la vida. Todos somos y seremos felices.

Planearon la manera de repartir todo. Pensaron qué cosas valdría la pena comprar. Qué placeres se podrían experimentar, qué lugares podrían conocer. Al grito de nadie sabe para quién trabaja repartieron ese dineral entre los cuatro Peralta. Desde entonces se dispersaron por los cuatro puntos cardinales de la rosa de los vientos.

Uno se fue para Tabasco, otro para Sonora y otros para la Ciudad de México.

Los tres hermanos Celso, Benigno y Delfino dejaron el “Techachal” de San Antonio Cuauhtepac en el estado de Hidalgo, la casa de piedra de la familia y también a su hermana Ángela con el terreno de labranza. Desde la adolescencia gozaron de una respetable fortuna y se solazaron dejándose envolver a la gente. Para decirlo rápido, la fortuna la dilapidaron en mujeres, juego y vino, en ese orden. Anarcasis fue muy exitoso en el juego y en el amor, se le conocería como “Carcho” —y como el resto de los Peralta, se dio a la tarea de engañar a cuantos se dejaron envolver. En algunos lugares les decían canallas, tramposos, tahúres, aventureros, nefandos, toreros, bola de cabrones. Estas pinches ratas, ¿qué han venido hacer a nuestra tierra? Estos hijos de puta, ¿por qué todavía están vivos? Chachalacas alborotadores, desequilibrados, delirantes, valentones hijos de la chingada, mierdas y cucleros. ¡Salgan de la comarca!

Celso y Delfino, siguieron en la bola, eran güeros y bien parecidos. En una ocasión se encontraron un libro del registro civil al que le sacaron jugo. Recorriendo el país, uno de ellos se ligaba a una dama y el otro la hacía de juez de paz y los casaba. Así se movieron varios años por todo el país. Delfino se quedó por el rumbo de Tierra Blanca y se hizo mormón, reuniendo en una sola familia a sus mujeres más amadas. Celso, un tiempo vivió con Benigno, luego se fue con una de sus familias y no se supo más de ellos.

Una antigua leyenda popular se tejó en el tiempo en que pasó el cometa Haley, respecto a los Peralta. La gente

decía que fueron al Yolo en la huasteca y no enloquecieron cuando rescataron a la mujer encantada. Una mujer desnuda, dicen quienes la vieron, era la más hermosa del universo. Atraía a los hombres desde un islote de la laguna y cuando el temerario la llevaba en sus brazos a tierra firme se escuchaba música y voces a sus espaldas. Al voltear, la dama se convertía en una serpiente pitón que se enredaba en el cuello para ahogar al rescatista. Sin embargo, los Peralta, bajo la luna llena, cuando se deslizaba la neblina y no podían verse a dos metros, arrastraron entre todos a la pitón y la mataron a machetazos.

Benigno, tu abuelo materno hizo un gran rodeo antes de llegar a México; las minas de plata en Real del Monte, Pachuca, El Oro de Hidalgo y Guanajuato, cuando de pronto se dieron los sacudimientos de la revolución. Se separó de sus hermanos Celso y Delfino y se fue a la Ciudad de México con su esposa y su primera hija. A la tierra que fueres... haz lo que vieres. Benigno siguió la conseja popular, se compró un traje de casimir inglés y camisas de cuello almidonadas, sombreros de bombín y de carrete, zapatos de charol y se mezcló con la gente del zócalo, caminó por la calle de Plateros, oró en la iglesia de San Francisco y saludó al presidente Madero en la fotografía Daguerre, cuando iba de Chapultepec a Palacio Nacional. Participó en muchos eventos, estuvo en el Café Colón, en las corridas de toros, en las tandas del Teatro Principal, pero esa realidad se fue diluyendo con el paso de la guerra. Benigno se dedicó a la carpintería y dejaría la vecindad de Tenochtitlan en Tepito a finales de los años veinte, cuando alquiló una vivienda en la calle de Doctor Balmis, cerca del Hospital General.

Sus clientes de las colonias Roma y Condesa, le encargaban la fabricación de puertas, ventanas y pisos. Hacia los años treinta construyó una casa en la colonia Álvaro Obregón, donde vivió cuarenta años hasta su muerte.

Desde joven su deporte fue el frontón, el jai-alai o pelota vasca, más que el fútbol que jugaba los domingos en Pachuca. Sentía confianza total por la fuerza, velocidad y altura que alcanzaba. Lo conocieron en los frontones de las colonias Morelos, Condesa, Venustiano Carranza y la Magdalena Mixhuca. Pero al llegar a los cincuenta años, seguramente por graves reveses, declinó seguir jugando, dejó la raqueta, la palmeta y la canasta, y quedaron colgadas en la pared del taller como adornos y trofeos de juventud. Siguió el beisbol de aficionados los domingos en el parque Lázaro Cárdenas, apoyando a los Gallos de Limpia y Transportes. Y de vez en cuando asistía al parque Asturias, apoyando al Atlante, hasta que lo incendió la porra del Necaxa en un partido contra el Asturias, en represalia a un mal arbitraje. También le gustaba apostar, el gusto le duró muchos años.

En los cincuentas la vida te ocupó en asistir a la escuela Estado de Tamaulipas, plantel que fue construido por el Departamento Central, de acuerdo a las necesidades de las colonias Obregón, Aarón Sáenz, del Parque, Veinticuatro de Abril, Sevilla y la Magdalena Mixhuca. El profesor Aniceto Ortega dirigía quince profesores, una secretaria y un intendente. La escuela contaba con un jardín de niños matutino, primarias matutina y vespertina, para niñas y varones respectivamente. Tenía dos plantas y cubría la demanda escolar en quince aulas,

un salón de usos múltiples y la dirección. Tenía varios patios donde los niños se aparecían en tropel al recreo, además de un foro para representaciones al aire libre y una alberca, ya que era necesario enseñar a nadar como parte de la supervivencia en la zona, porque uno de los saldos trágicos era la muerte de niños ahogados en los canales de las chinampas.

Algo distintivo en la dirección era la vitrina con la bandera de México, el escudo nacional y la imagen del escudo de Tamaulipas enmarcada con un sol dorado y caracoles. La escuela fue construida exprofeso. El alumnado de la primaria era mayormente de procedencia proletaria. Unos pocos alumnos llegaban en los autos de sus papás, mientras otros iban descalzos. Hugo Paz era uno de tus amigos de la Magdalena Mixhuca, quien recuerda entre risas que en ese pueblo eran tan pobres que, cuando le compraron unos zapatos, él los cuidaba mucho por ser los únicos que tenía. Y el día que los usaba, ya no le quedaban. En la foto de aquella época se le ve con unos pantalones cortos y en sus manos un trompo y una cuerda. La cultura del esfuerzo lo hizo superarse. Talentoso, brillante, siempre obtuvo el primer lugar en toda su vida académica y profesional. De la infancia le quedó cierta manía de quedarse absorto viendo los aparadores de las zapaterías. A Sergio, los maestros lo consideraban un muchacho latoso, desconsiderado, hiperactivo. Un caballo desbocado, incontrolable pero al mismo tiempo tierno, meditabundo, astuto, sagaz y muy valiente. Perteneció a la pléyade de estudiantes que en la primera oportunidad buscarían evadirse del sometimiento escolar. Fue un líder en la oportunidad de irse de pinta. Lo suyo sería el sector público.

Los lunes celebraban los honores a la bandera. En ese evento cívico prometían lealtad y amor a la patria. Eran orgullosamente mexicanos y sus héroes eran los pilotos del Escuadrón 201 que combatieron en Filipinas, en el frente del Océano Pacífico. El petróleo era de los mexicanos. Las petrolerías y las gasolinerías tenían como distintivo la caricatura del Charrito Pemex. En aquel entonces el pasaje en los camiones urbanos costaba diez centavos y por la tarde iban casi vacíos. Era el tiempo en que sus madres se ataviaban de sombrero, guantes y velo sobre la cara. Sus padres usaban sombreros de fieltro Stetson. Los taxis no tenían un color particular, se estacionaban a media calle en el centro y ayudaban a subir a las señoras las bolsas y paquetes a la cajuela, ahí en pleno 5 de febrero, frente al Palacio de Hierro. Era la época de las películas de Evita Muñoz “Chachita” y de la abuelita Sara García. Sabían ya de la corrupción de los cuicos y de la política de encerrar a la oposición después de elecciones. Tu abuelo fue al tambo por apoyar a Vasconcelos, tu padre por seguir a Almazán.

—¿Y don Rogelio?

—Nada, está en la cárcel por apoyar a Henríquez Guzmán.

La doble u (W) decía ser la voz de América Latina desde México. Se oía con claridad la voz de Avelina Landín: *Qué viva el placer, que viva el amor.*

A mediados de los años cincuenta el canal del Desagüe, que era una orgullosa obra virreinal del conde de Revillagigedo, se entubó y se convirtió en el Viaducto Piedad. Una obra magnífica que había que hacer. Sin

quitar los canales de agua limpia, las chinampas fueron secadas y se convirtieron en tiraderos donde camiones materialistas llevaban cascajo, metales, vidrio, basura y perros muertos. Los surcos del cultivo de las legumbres se cubrieron de escoria y los canales donde transitaban las chalupas en vacías hondonadas. Los ahuejotes se secaron y la tierra se vistió de aridez y el aire de tolvaneras.

No fue la soldadesca ni la clerecía los que destruyeron a la Mixhuca, sino cinco siglos después, otros extraños que habían llevado la destrucción y el miedo. Decidieron hacer negocios e invadir lo ajeno, acabar con lo de todos y usaron los ojos de agua para llevar agua a sus nuevas creaciones urbanas como la Jardín Balbuena. Los chicos de la cuadra encontraron la forma de hacerse de dinero con la basura y los desechos industriales. Enseguida llegaron de otras partes de la ciudad los pepenadores profesionales, que construyeron cobijos de cartón, y llegaron sus rebaños de cabras. También arribaron los adoberos que abrieron grandes socavones que convirtieron en campos de cultivo de hortalizas y flores, lo que la gente llamó la Marranera.

Satanás se hizo presente en ese lugar. Con los viñeros que hurgaban la basura llegó la Corte de los Milagros de la noble y muy leal Ciudad de México. En cuarto año con la maestra Julia tuviste de compañero a Rafael Gutiérrez Moreno, que vino con los pepenadores y llegó a ser su líder en los tiraderos de Santa Martha Acatitla y le apodaron el Rey de la Basura. Tras ese contingente aparecieron los policías y la Marranera fue el escenario de robos, violaciones y asesinatos. Se advertía un mundo que moría y se levantaba otro diferente. Mientras,

las ruedas del tiempo giraban como engranajes independientes y comprendían unas dentro de otras y todas se interrelacionaban entre sí. Allí, el espíritu de la gran Tenochtitlan tocó fondo. Sus ciclos de vida se cumplieron: nacimiento, niñez, juventud, madurez, senectud y decadencia. El final de las chinampas de Mixhuca coincidió con el descubrimiento en Ixcateopan de la tumba de Cuauhtémoc, el último emperador azteca.

El Casino Obrero estaba en el actual jardín Francisco Morazán, sobre la avenida Fray Servando Teresa de Mier, entre avenida del Congreso, Zoquipa y Cucurpe. Antes de los años cincuenta tenía un restaurante con música los domingos. Parte de los atractivos era que había ecales y chalupas que llevaba a los turistas por los canales de la Magdalena Mixhuca. Los niños lo llamaban la Selvita y jugaban beisbol o futbol y atrás de la clínica Primavera encontraban juguetes de barro de la época precortesiana, cuando ese lugar era de agua salada, y los niños muertos eran tirados en costales en el agua salada. Con el tiempo, el casino fue demolido y el canal que alimentaba el lago fue cegado. Al pavimentarse se convirtió en la calle Cucurpe.

A principios de los años cincuenta el campo aéreo de Balbuena fue cerrado y en su lugar se fundó la colonia Jardín Balbuena. Sobre una de las pistas se trazó la avenida Francisco del Paso y Troncoso. Las chinampas de la Magdalena Mixhuca, se transformaron en los campos de la Ciudad Deportiva. Con ella, el futbol fue toda una causa. El campo número uno fue para los equipos de la Magdalena Mixhuca, el Huracán Blanco y el Azul, que se convertirían en Huracán–Sevilla, el célebre Campeón

de los Barrios. Mientras que los equipos de la Obregón eran: el Limpia y Transportes con su camisa azulgrana y el Obregón con su camisa azul rey y pantaloncillo blanco. Hubo entre los equipos de segunda fuerza de Cucurpe el campeón Estrella Roja, de Topolobampo, el Boca Junior y en los años sesenta, en Imuris, la Marrana organizó a Los Beatles.

El autódromo de la Ciudad Deportiva contagió la velocidad a los de Cucurpe. Patricio Celaya el “Pato”, compró un Volvo 1960 a Gonzalo Bellido Lavín, un junior, nieto del dueño del Banco Mexicano. El auto estaba yonqueado y hubo que cambiarle los pistones de Peugeot, los anillos, las bielas y el árbol de levas Scandirian de alto torque. Apenas estuvo listo se incorporó de nuevo a la escudería Fagunta Racing Team. Era de color rojo y parecía una miniatura de los carros americanos de los años cuarenta. Como temerario y cuate del Pato, te tocó hacerle de copiloto y vivir algunos trompos, porque el Volvo estaba tan revolucionado que perdía estabilidad, especialmente en curvas. Ya Pedro Rodríguez y Moisés Solana habían corrido en el autódromo. El carro estaba listo para correrse y se inscribió en el Gran Premio de la Ciudad de México, el “Pato” cedió a un piloto más experimentado Sealtiel Alatríste, pero no hizo nada. Lo que acabó con el Fagunta, fue la muerte de Gonzalo, que estudiaba en el México City College, y bajando al DF, estrelló su MG en la carretera a Toluca, en una curva contra un carro materialista estacionado.

El autódromo es el signo del cambio del tiempo. La adrenalina segregada por la gran velocidad es el símbolo de una nueva cultura. Un lugar azteca sagrado es una ver-

sión modernizada de los sacrificios humanos. Una pléyade de águilas vuelan a gran velocidad con gran envergadura de sus alas, también los Jaguares corren con fuerza sobre la pista. Recuerda a Ricardo Rodríguez, su sangre bañó la pista.

CAPÍTULO II

Y enséñame tu ropero

*Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos*
Jorge Luis Borges

Llenarás tu memoria de imágenes de la ciudad. Comenzarás yendo sólo al mercado de Jamaica y más allá por Chabacano. Atravesarás la Calzada de la Viga, encontrarás un puente angosto y una casa con techos de zinc. Más al sur por el canal de aguas negras y estarás en la Coyuya caminando sobre las vías paralelas. Al poniente seguirás el canal, encontrarás el hospicio y escuela Correccional, con sus vidrios rotos, sus interiores llenos de mugre y con niños de tu edad. Si pidieras un deseo, pedirás que esos niños que se asoman entre los barrotes, salieran a pasear contigo por el montículo del canal. Y que cantarían contigo:

*Adiós Calzada de Tlalpan Escuela Correccional,
donde se matan los hombres por un pedazo de pan.*

*En este planeta Tierra es oro que siempre brota,
la mariguana es el suero de la humanidad completa.
En este planeta Tierra hay una planta discreta
el que la tiene la entierra para hacer ya su maleta.
Un tuberculoso dijo: me la recetó el doctor
para curarme las reumas que llevo en el corazón.
Los angelitos del cielo están cagados de risa
de ver al jefe Pedrito dándose las tres de grifa.
Adiós Calzada de Tlalpan Escuela Correccional,
nomás te quedó la fama.
Y hoy me encuentro solo y triste
sin un tris de mariguana.*

En la secundaria te trasladas al centro de la Ciudad de México. Es cruzar frente a los edificios coloniales de las calles de Las Cruces, San Pablo, en la Merced por San Jerónimo, Correo Mayor, Regina, Mesones, Salvador, Uruguay, Venustiano Carranza y el Zócalo. Por allí cruzaron los camiones azul metálico y raya blanca y roja de la línea Peralvillo Viga y Anexas. Es leer las historias de los Halcones Negros, de Superman, de los patitos y recordar el olor a grasa, jitomate y fideos. Es oír el radio, las comedias, las aventuras de La Sombra, con Alejandro Ciangerotti. Los domingos todo podría suceder. Se suspendía su andar cotidiano por la ciudad y se podía ir a Chapultepec, o la Alameda Central. La Ciudad de México es un laberinto lleno de puertas y calles interminables. Y por las noches de los domingos en el radio Las Aventuras de Carlos Lacroix: ¡Cuidado Margot! ¡Dispare, Carlos, dispare!

Es tiempo de vagar por Arcos de Belén y de internarse al barrio de San Juan, dando vuelta por Luis Moya. Mirar a esos niños descalzos montados en la parte trasera del tranvía amarillo, donde está el rollo de la cuerda del trole, junto al anuncio publicitario que dice: *Entre los astros el sol, entre los habaneros Ripoll*. Los papeleritos-equilibristas en esta tierra próspera con forma de cuerno retorcido. Mientras, en la calle las personas se alinean bajo el sol, en largas filas para comprar masa de nixtamal, tortillas, pan, leche... En la pantalla Jorge Negrete canta: Yo soy mexicanooooo, de acá de este laaadoo. De acá de este laadoo purooo mexicanooooo.

Miras esos grandes patios de la vecindad de Luis Moya casi con Marquez Sterling, como la plata 0.720 de las pesetas, escenario para filmar las películas de barriada. En Luis Moya y Ernesto Pugibet está la tienda de ultramarinos La Crema, con sus espejos cóncavos y convexos que distorsionan la cara sin drogas y sin maquillaje. La magia del cristal y el azogue. Las estrellas del cine, teatro y radio se hacen el permanente en el salón de belleza Tres Flores. Los hombres se asoman al aparador para ver a las mujeres dentro de esas escafandras. Cerca está la panadería La Calle Ancha, a la vuelta por la calle de Ayuntamiento está la W y enfrente Herrera, el fotógrafo de las estrellas. Ahí, esos eternos carriles que seguían su deambular para rodear por el centro y en Dolores, en López o en San Juan de Letrán, entre los aromas de comida de los restaurantes como Súper Leche, la Churrería el Moro o de algún café de chinos.

Desde la época posrevolucionaria el barrio de San Juan desarrolló una cultura del desorden, el desbarajuste, la trastornación de las costumbres. Proclive a los desequilibrios, a los accidentes, a la indisciplina. San Juan es un carnaval y todo mundo viene a disfrutarlo. Aquí está lo exótico, las tiendas, los cines, los cabarets, las radiodifusoras, los teatros, los bares y las mujeres. San Juan es diferente a los barrios de la ciudad y de todos los pueblos de México. Lo inmoral es la moral más reverenciada. Lo que se considera malo se transforma en bueno con la primera copa en un bar y la noche y su magia surte su efecto. Desde el siglo diecinueve la calle de las Vizcaínas fue un paraíso de los prostíbulos. De todos los rumbos de la ciudad venían a conocer las casonas con sus madrotas, a fornicar con las sacerdotisas del sexo. En los años cuarenta, según cuentan, los trovadores de aquí pasaban a la W a grabar discos y realizar presentaciones en teatro y giras. Lo más distintivo del barrio era la impunidad que gozaba. Los asesinatos eran bien cuidados por los capos europeos, asiáticos y nacionales. Aunque las campeonas fueron siempre la policía secreta y la perjudicial.

Los cómicos en el Teatro Lírico y en el Follies se burlan de todos y no hay honra que se respete. La existencia diaria hace parodia de la vida, las mujeres que se visten de hombre, los hombres que se visten de mujeres. A nadie le piden su código moral para venderle una entrada al teatro. Ya adentro tampoco hay diferencia religiosa ni ideología política que importe. Aquí juega cada quien para su santo. La anonimidad al salir las bailarinas desnudistas, la galería grita y sus ojos se desorbitan en

el momento del desnudo total y cae el telón con un griterío al unísono: pelos, pelos, pelos. Luego aparecen “Harapos” o “Palillo”. Con las tablas que tenían, se la pasan albureando al público frenético, calmando sus impulsos libidinosos.

Y cuando viajan en el camión de la línea Guerrero-San Lázaro, van pasando por las calles de una ciudad desconocida, todos silenciosos, observando el exterior. Pasan frente al cabaret El Burro. Te imaginas un burro de dos pisos pintado de gris, con una puerta bajo la barriga. Sin saber entonces que es un cabaret. En esa realidad cabaretera, una pieza por cinco pesos. Después de la segunda pieza puedes bailar de cachetito y luego por diez pesos de cartoncito de cerveza. Luego doscientos pesos y el cuarto por ese placer íntimo que se romperá en un espasmo y luego nada. Sólo esa soledad fría de salir a la una de la mañana a la calle. De sentirse prisionero entre los jeeps de la policía y los taxistas en sus carcachas amarillas y esos padrotes. Pachucos que esperan a sus reinas del talón dorado y jalón parejo, contingente que se va dispersando en esas madrugadas frías de febrero.

El himno nacional se escucha débilmente en el radio, señal de que termina la programación, mientras, las sirenas de las patrullas corren por los periféricos y viaductos de los universos urbanos de la antigua Ciudad de México, cuyas subculturas cada día son más odiosas. Pasan indiferentes los conductores en sus flamantes vehículos junto a los perros atropellados. Un choque. La calle desierta en un segundo se llena de gente y surge una pelea. Llega la policía, y los rijosos atacan al unísono a la autoridad. El

himno nacional se ha terminado y el radio queda zumbando y las sirenas de las patrullas van diciendo como la Llorona: ¡ay mis hijos!, ¡aaaayyy mis hijoooo! ¡Ay hijos de la chingada! Hijos de la Llorona. Esos hijos de la medianoche, los niños que se quedaron en ese sueño de diferentes dimensiones, en ese dormir en busca del amor con las golfas, de bailar un danzón en el Molino Rojo, en La Burbuja de la colonia obrera, acudir los sábados a esos conciliábulos, entre las mercenarias con la iluminación a media luz, en ese sueño de la falsa felicidad, oyendo la rumba en ese bembé, ahí con Silvestre Méndez:

yiriyiribón, yiriyiribón...

yimboró, yimboró... yimborooó.

—Sal y tírale una piedra al pinche gato, dice Sergio mientras da una fumada profunda a su cigarro, el humo se filtra entre su pelo largo, sus cejas pobladas, sus ojos castaños que miran con nerviosismo, los 130 kilogramos guardan su gordura. Javier lee *Las Enseñanzas de Don Juan*, de Carlos Castaneda, mientras Sergio le dice:

—Ese libro es de los que yo leí en el guater. A lo que responde Javier: ¿o sea que confiesas que eres un lector de cagada?

Sí, somos unos lectores de mierda.

Sergio cursaba el tercer año de la carrera de psicología y participaba en un programa de investigación de psicología social nominado Mundos a Escala, un juego como Monopolio o Turista, una dinámica de grupos con estudiantes. Seis o siete grupos integraban gobiernos de países, cada uno con su presidente, secretarios del interior, de relaciones exteriores y de la defensa nacional, también un opositor al gobierno. Un país era

como Estados Unidos, otro la Unión Soviética, otros como Francia, países árabes y latinoamericanos.

El maestro Rogelio Days Warrior coordinaba el programa de investigación, financiado por una fundación o universidad de los Estados Unidos. Los estudiantes izquierdistas sospechaban que era un programa para conocer las percepciones y reacciones de los mexicanos, de utilidad para la Agencia Central de Inteligencia, CIA. A Sergio le tocó ser secretario de la defensa nacional de uno de los países. El juego comenzó a tener un interés para los participantes. Y a los amigos de la carrera, que les tocó en grupos diferentes se hicieron distantes, muy discretos. Se sentía una atmósfera pesada. Las negociaciones y las decisiones cada vez más difíciles. Hasta que un día Sergio muy alterado se hizo de palabras con un miembro del otro equipo, sacó su pistola y amenazó con matarlo. La situación acabó con la investigación o confirmó la posibilidad de conflictos graves y guerra. El mundo es un campo de batalla, una guerra larga que estaba por comenzar en el mundo: Irak, Afganistán, Argentina, Chile, Uruguay, Nicaragua, Salvador, Yugoslavia, Colombia, México, comenzaba sin darnos cuenta, tal vez con la creación de la lista oficial de personas que se tenían que liquidar o la cantidad de mercenarios que había que contratar.

Sergio se dio cuenta que todos los demás ya sabían, que era un psicópata. Dejó la facultad un día sin decir agua va y desapareció de ciudad universitaria. Pinche Gordo, hijo de la chingada, te vale madre la realidad. El mundo se hace a tu modo y no al revés, estás sucumbiendo al mundo neurótico de nuestro tiempo. Vives ese

mundo de mentiras y embustes al que pretendes adaptarte. Te transformas, vives como los demás y lo peor es que estás pensando en cómo chingarlos.

Como Sergio es bueno con la motocicleta, practica con el escuadrón de motociclismo de tránsito. Fanfarronea al usar el uniforme de tamarindo como si estuviera en *A Toda Máquina*, con Pedro Infante y Luis Aguilar. Sale a las carreteras a sorprender camioneros. Hasta que lo descubren y balconean en el periódico. El titular a ocho columnas: “detenido falso motociclista de tránsito, extorsionaba a camioneros”.

Meses después, una noche iban en la carraca del santo francés por el periférico. Hamlet iba limpiando mariguana sobre un periódico, terminó de forjar el joint y abrió la ventanilla y tiró las varas y los cocos, con tan mala suerte que en ese momento iba pasando un motociclista de tránsito y le cayeron todas las varas y los cocos sobre la cara y en el uniforme. ¡Imagina la sorpresa! Gritó el motociclista: ¡Deténganse!

A Hamlet se le subió la sangre a la cabeza. ¡Uta!, dijo el Greñas. El Santo francés lo reconoció: ¡Es Sergio!

Se paró el vocho y se saludaron efusivamente.

¿Brosito cómo estás?

A todas margaritas.

Qué ondón, vamos darle fire al touch.

Venimos de la facultad, ¿cuándo regresas?

—Un día, no sé, después de aquel acelere me sentí muy apenado. Pero qué puedo hacer. ¡Ni madres! ¿No crees?

Sergio encogió los hombros como cuando era niño e iba de campamento con los boys scouts, resultó que no

pudieron tomar el camión y se regresó a su casa siendo noche. Llegó al departamento y encontró en la cama a su mamá con Julián Monteros, un motociclista de tránsito. Salió de la casa humillado y se fue a dormir debajo de la escalera. A veces decidía salir y caminar solamente, después de horas se descubriría a muchos kilómetros de su casa, hambriento, cansado, le costaba trabajo tomar la decisión de regresar con su familia. El regreso a casa significaba una derrota, además debía de soportar los regaños de Lupe. Las reprimendas iban acompañadas de severos castigos, golpes con chicote o auténticas palizas. Se le hizo el cuero bastante duro, su orgullo con el tiempo le impedía soltar el llanto. Aguantaba los golpes y no lloraba. Luego pensaba en el suicidio. Decía a sus adentros: mi muerte los hará sufrir. Después se arrepentía, reflexionaba con rabia: ¡ni eso les va a pesar!

Recuerdas a Sergio. Trabajó en todas las direcciones del Departamento del Distrito Federal. Desde niño conoció el sistema del Departamento Central. Asistía todos los días después de la escuela para hacer gestiones para su mamá. Conoció los trámites, los reglamentos, la papelería y las personas que los tramitaban. Con el tiempo para sus conocidos llegó a ser el dueño del gobierno. En la Contraloría fue donde mejor se acomodó. No había trámite que se le dificultara. Llenaba un formulario y lo pasaba por todas las mesas, favorablemente resuelto.

Es el tiempo de andar con Sergio en la clandestinidad, de ir a la Marranera, a Platón Sánchez, la escuela de Tiro, a la Buenos Aires con el sordo del callejón del Diablo. Y de escaparse de la Ciudad de México para

conocer lo desconocido... para internarse en la psicodelia. Fueron al mercado de Sonora y cruzaron por los pasillos de los juguetes tradicionales de madera, trapo y barro, por los pasillos de cerámica y en los puestos de hierbas medicinales. Compraron una botella de licuado de peyote yaqui y en un puesto de dulces unas paletas Tutsipop de chocolate. Al salir por Fray Servando Teresa de Mier subieron a la nave de Sergio, se fueron al oriente por la calzada Ignacio Zaragoza y por la carretera a Texcoco, Acolman y llegaron Teotihuacán. En la plazuela frente a la pirámide de la Luna, Sergio sirvió el menjurje, Hamlet y Helen una amiga de San Francisco lo bebieron primero, enseguida Verduzco, Hans, tú, y al final Sergio tomó el resto. Sintieron que era un sabor amargo, rasposo, muy desagradable, entonces las paletas las chupaban con fruición intentando acabar con el sabor ácido del peyote. Cuando éste comenzó a hacer efecto, el sabor desapareció o se les olvidó. Caminaron por la calzada de los Muertos e iniciaron el ascenso a la pirámide del Sol. Cada uno se fue por su lado, Hans subió la cima con su guitarra a tocar y cantar. La gente comenzó a bailar. Fue un momento sublime de felicidad. Mientras, estabas fascinado por el paisaje, las grecas de los palacios derruidos se habían tornado de colores muy vivos, te admirabas que los teotihuacanos pudieran vivir lo maravilloso en lo cotidiano, como en sueños, las escaleras de la pirámide se transformaban en figuras geométricas, era estar dentro de un caleidoscopio. Y en la profundidad del cielo, las nubes tomaban formas increíbles. Vivir el centro ceremonial y sus espacios es una de las experiencias más maravillosas.

Teotihuacán, desde su nombre se levanta como una señal a Dios. El viaje era un estado espiritual, te sentías como un sacerdote del antiguo Teotihuacán. Caminar era levitar. Los campos alrededor de la zona arqueológica tenían miles de tonos verdes. Estabas embelesado al observar las grecas que se movían y luego mirabas hacia las nubes tornasoladas, era el crepúsculo de un día sin sol y agradecías a Dios por esa experiencia divina.

Viste a Hamlet y Helen en la plazuela de la Luna y bajaste a su encuentro. Hans sacaba un colibrí seco y Helen lo guardaba en sus ropas, luego sacó unas limaduras de metal e hizo un atado y te dijo que lo guardaras contigo, que te traería buena suerte. Luego subieron todos a la pirámide de la Luna. No tenían hambre y regresaron a la Ciudad de México.

En Real de Catorce llegaron al mundo huichol. El vochito color verde peyote se comportó muy bien, cargaron gasolina en Santa María del Río y cuando llegaron a Matehuala volvieron a cargar gasolina, por si las dudas, no se fueran a quedar parados. Habían pensado en llenar la canastilla de alimentos, pero Hamlet consideró que era mejor llevar sleepings, abrigos y cobijas, porque en Catorce hace más frío que hambre.

Al dueño del gobierno se le ocurrió pintar el auto de color verde peyote, en lugar de verde mariguana. Después de años de verlo de blanco, dio el cambiazo. Cruzar el túnel de Ogarrio, es penetrar en una realidad espectral. Fueron abandonando la claridad del día e ingresaron a una dimensión sombría, con luces amarillentas las personas se ven grises. Así que cuando salen del túnel aprecian la luz solar, que les devuelve el

color y el aire fresco. Catorce es el espacio abierto de un pueblo en ruinas, abandonado. Ese valle en medio del desierto rodeado de cerros pelones, de esta plaza frente a la iglesia de San Francisco. Qué lejos están de Asís y del lobo manso, de sus palabras de humildad y señorío.

Dos décadas antes la Universidad Nacional es refugio y semillero de pistoleros. Esos hampones inventaron las famosas novatadas, vejando y asaltando a los alumnos. Entre los mafiosos más conocidos se cuentan a Amado Torres Paredes (a) *El Pistolo, el Payo, El Dagger, El Pinky, El Príncipe, El Bruja, Manos de Pato, El Vejigas, El Llanta Baja y Cuco Pelucho*. Simultáneamente se consolidan el bloque estudiantil de choque de *Los Conejos y el Muro* de sectores conservadores anticomunistas y fascistas vinculados al arzobispo y a los grupos católicos que operaban en los campus de la universidad. En los sesenta los grupos de choque fueron lanzados contra los comités de lucha. Y son el modelo para la formación de los halcones en el movimiento estudiantil de mil novecientos sesenta y ocho.

Una tarde, los estudiantes de la preparatoria de San Ildefonso irrumpieron con el grito de guerra de la Universidad de México. Luis Rodríguez con su voz juvenil y su cara alegre y despreocupada les cuenta a los capitanes de la porra universitaria que era el año 1944, cuando nació el famoso grito ¡Goya! El Goya al que después se agregó el ¡cachún, cachún, rá rá!, fue el grito de reunión para entrar al cine de gorra. El cine Goya, en la calle de El Carmen, entre San Ildefonso y República de Perú, seguramente fue de un español que rendía homenaje al pintor Francisco de Goya y Lucientes. Luis tramitaba

entrar a los cines de “gorra” o un descuento con los gerentes. Siempre trataba a la gente con alegría, con respeto y simpatía. A los empleados los saluda por su nombre, igual a los interventores de Gobernación, que pasan a la hora de responsabilizarse, de portarse bien o si no a la hora de llamar a la policía. El “Goya” era el grito para reunir a los que iban al cine. Lo del “Cachún, cachún” era el cachondeo con la novia, de ahí el cachún... cachún... rá... rá... rá... se transmuta en signo de identidad universitaria. Luis siempre fue un fósil muy entusiasta. Se mantuvo activo dos décadas en la conducción de la porra universitaria. Los años sesenta es la era del rock. Los Locos del Ritmo son acompañados por la porra universitaria, como al equipo Pumas de fútbol americano frente a los Burros Blancos del Politécnico. Van al aeropuerto a recibir a cantantes y músicos de moda, entre los que estaban: Paul Anka, Nat King Cole, Stant Kenton, Louis Armstrong, Jimmy Dorsey, Ray Connif, y los acompañan a sus hoteles. Recuerdas a Etna cuando presumían un 27 de septiembre en el Zócalo: La luz es nuestra, la Compañía de Luz y Fuerza Motriz. Un día, Javier de la Cueva lleva a su grupo The Hoolligans y Etna se animará a hacer un *striptis* para la porra.

Esrail es la reina de la preparatoria. Desde un principio simpatizaron. Cuando la ves de lejos con sus trenzas güeras, la llamas londinense, porque vivía en la calle de Londres, cerca de la iglesia Getsemaní, casi enfrente de la casa de Frida Kahlo, en la colonia del Carmen Coyoacán. De reojo te mira y tú también sigues el contoneo de su cuerpo juvenil. Poco a poco es común encontrarla

en el jardín Centenario, en la farmacia de Xicoténcatl y en la panadería La América. Dice Hamlet que ahí hacen pan con amor. Luego, cuando juegas fútbol en el campo Fragata, se sienta en la tribuna para verlos. Hans le hablaba, también Hamlet y te la presentan. Cuando tomas su mano, sientes el sobresalto de tu corazón. A partir de entonces son amigos. La acompañas todo el tiempo pero ella mantiene la distancia entre amiga y novia. No desea tener compromisos, te dice.

Diez años después, un noticiario de televisión te dará la noticia del accidente aéreo que trunca su vida. Conster-nado caminarás entre los árboles de Chapultepec y luego a San Ángel. Al llegar a la ermita buscarás entre las piedras de la ermita sus nombres e iniciales y las encuentras.

¿Recuerdas el nacimiento de la pandilla del Cerillo Verde? ¿Cuándo conociste a Hamlet? Era en un club de mochos, de monaguillos, un equipo de la ACJM. Fue por el Greñas, por el fútbol, en el Balmes de la colonia del Carmen. Fernando el Greñas te lo presentó, fue cerca del campo Fragata, afuera de la casa de Hans, como este trabajaba en el teatro los invitó a un ensayo. Se emborracharon con el Chivas Regal, Bacardí, Madero 5X y muchas caguamas. Era un lugar donde vivía el Chivo Julián. Solamente gente como ustedes podría relacionarse. Todos tenían algo en común. El Greñas, el Brujo, el Verduzco y tú tenían las mismas lecturas. Tenías como dieciséis, el Greñas era un año menor que tú. Ninguno aceptaba a la familia. Formaban un grupo homogéneo. Tú estabas en preparatoria, Verduzco y el Greñas también. Hans el Brujo estudiaba teatro y contador privado. El Greñas, Óscar y tú entrarían a Filosofía y Letras,

a letras españolas y a psicología. El primero en tener un libro negro fue Hans, el “Nuevo Hombre”, lo impresionó tanto que tomó la decisión de suicidarse. Sentía que valía madre vivir. Todos le decían: no, date cuenta, el vicio te tiene loco. Fumaba como desesperado, cargaba como seis guatos en su maletín y su pistola, de traje y gabardina siempre. Era muy activo: leía, representaba, escribía, era un fanfarrón, vanidoso y simpático. Hamlet era tranza, mentiroso, fiestero, iba a los cabarets a ligar.

En cambio Óscar, era enigmático, callado, pesado. Tenía un halo que lo mostraba atractivo, un chavo crecido. En su casa se pasa las horas en La Pantera, Radio 590, escuchando a The Byrds, con Mr. Tambourine Man de Bob Dylan y cantando Like a Rolling Stone o The times are changing. Los que lo conocieron de niño recuerdan que era hermoso, rubio, sus ojos azules interrogaban los rostros de los amigos de la familia. Óscar vive en un territorio aparte. Está ahí cuando lo necesitas, cruza la calle cuando piensas en él. Te lo encuentras en el camión. Él te observará de lejos, conservando siempre la sana distancia. Esperará que tú lo saludes primero. Lo mismo que hace un noble o un militar de alta jerarquía respecto a un subalterno. Puedes pensar que es una actitud soberbia, pero no, era su calidad de jefe. Semanas antes de su muerte, lo fuiste a buscar con Hamlet. Subieron al departamento, los sentó en la mesa del comedor y fue a la recámara por unas revistas. Eran textos de los rosacruces, comentó que había estado estudiando con gran interés esas publicaciones. Que desgraciadamente no podía hablar al respecto, ni mucho menos prestárselos. Había una especie de compromiso o juramento que lo imposibilitaba.

Luego los recogió y los guardó en su recámara y les invitó a dar una vuelta por la colonia. Unos meses después acontecería, Óscar presintió su muerte. Al viajar en auto por carretera siente una angustia tremenda y pide que se detengan. Sus acompañantes piensan que quiere orinar, pero no, apenas baja del auto se arrodilla y ora. A los quince minutos sufren la volcadura y él es el único que no salvó la vida.

A Hamlet su naturaleza lo empuja más al lado de lo exótico que a la buena apariencia. En contraste a su aspecto zapatista, su insensatez e irreverencia, posee un lenguaje que entre las damas se considera ameno y hasta encantador.

Qué bien le queda el azul, se ve usted muy interesante, fina, elegante, aristocrática.

Nada más de verla mis ojos son esclavos de su belleza.

Tiene usted las piernas más hermosas entre todas las mujeres bellas del mundo.

Sus ojos tienen la profundidad del deseo, el brillo de la gloria, el amor guardado con celo para quien sepa apreciarlo.

Su presencia despierta en mí los deseos más sublimes de la vida.

Su rostro expresa la belleza de las hadas del bosque Guiori.

Felicita de mi parte a tus papás, que hicieron las cosas muy buenas.

Los vellos de sus piernas son excitantes es como penetrar en una gran enredadera amorosa. ¿No me equivoco, verdad?

Me gusta como nunca me ha gustado una mujer hermosa.

Ojalá y fueras quesadilla, para comerte a mordidas. Si tu cuerpo fuera cárcel y tus brazos cadenas, qué bonito sitio para cumplir mi condena.

Quisiera ser tu profesor de tercero, para pasarte al cuarto.

¿Es amor a primera vista, o paso de nuevo?

Mamacita encantadora, ¿cuándo me dejas que te haga la quebradora?

Me gustas mucho, pero menos de lo que te amo.

Desde que la vi mecerse en el trajín de la calle, la amé en silencio, hasta que ahora la admiración me hace decírselo con la mayor sinceridad. La amo verdaderamente.

Tanto tiempo que tengo de conocerla y ahora la veo diferente. La veo con el corazón. Me gusta verla, olerla, escucharla, me gustaría conocerla más profundamente: besarla, abrazarla y hacerle el amor. Tanto la deseo como no puede nadie imaginar.

Me gusta mucho y más me gustaría hacerla feliz.

Qué estamos haciendo aquí sentados cuando podíamos pasarla mejor en una cama, en el placer del verdadero amor.

Gracias por saturarme los ojos con tu belleza.

Gracias por la hermosa vida que me brindas.

Gracias por la plenitud de tu ser.

Persuasivo como ninguno, ligero de cascos. A toda mujer que conocería la cortejaría, matizando sus cualidades y lo más atractivo en ellas y sobre todo les demandaría hacer el amor. Declaraba: a todas las mujeres

que conozco les pido hacer el amor. Unas aceptan y otras no. ¡Pero todas me lo agradecen!

No sabes quién dijo que fueran a tomar un café. Cualesquiera pudieron ser, excepto Esrail y tú que no tenían ni un centavo. Total, acaban por ir a la cafetería del Convento. Al pasar por la calle Fernández Leal, frente a la plaza de la Conchita. Hamlet reconoce un olor familiar, tienen que hacerle ver el Greñas y tú que solamente eran hojas que estaban quemándose en uno de los jardines de los caserones. También para no olvidar la sagrada rutina, la familia se asoma por los portones de las casas, hasta que los ladridos de los perros los obligaban a correr. El Convento está lleno de parejitas fresas, dos o tres macistoides les silvan con ese siseo tan especial que en forma suplicante pedían un toque. Uno de ellos se parece a Fabián, un cuate que la rola por San Francisco y en París de Hare Krishna. Este los mira bajo su melena. Hamlet le dice: simón; uno sabe que un simón es más que un sí, un sí indeterminado y paradójicamente preciso para afirmar la onda. Ya ni piden el café porque se acerca el mono ese y dice: ¿nos damos un rol en mi nave? Todos en coro dicen ¡simonshain! que es más neta que un simple simoncito. El chavo de la nave espacial es como de trescientos años, pelo largo y bigote de mandarín, ojitos de santo francés, ojos de búho, ya saben: fijos, fijos, claros, claros, pero que no ven ni madres, piel apiñonada. Hamlet ya lo conocía desde los tiempos de la banda del Cerillo Verde, que según presumen fueron los primeros pastoches de este lugar, inclusive antes que los Conchos o hijos de la Malinche. La rolan un rato por los callejones, después le piden un aventón a San Ángel. Ahí los deja el santo

franchute, que por cierto se llama Eduardo y traía onda zodiacal. Caminan por Insurgentes dentro de la niebla, de la luz neón de los anuncios, en una nueva significación a los edificios, en los árboles. Buscan en los restaurantes a alguien conocido con quien conversar, desean aprensivamente encontrar aquél que nunca viene, el que nunca está ahí adentro. Deciden darse un rol por Tennis y después por Sangrons. Lo que te cae gordo de estos pinches cabarets es que nunca hay mesas. Siempre están repletos por tortitas y galanes que se pasan cuatro horas con un café, viendo pasar las horas, atados a la mesa, agarrando el mundo por la oreja de una taza. Suben de volantín las escaleras, como no traen tabaco vas a comprar unos cigarrillos. Una sonrisa amable a la güerita de la caja.

—Unos Bali por favor. Decides que quieres sacar un libro de toda esta onda, un libro chanco que empiece diciendo: yo soy el mismo que tú, él y ella... ¿Qué título le pondrás al buc? Que te parece: “Todos Fueron Mis Hermanos”... No te imaginas que pasarán décadas antes de escribirlo y que tendrá por nombre *El Ropero*.

Con Sergio viajábamos en LSD25, veníamos de la cabaña de Laura, la “Campana”, ahí en un clavón eucalíptico, me puse a limpiar el polvo a un radio y de pronto el radio se agrandaba... como un refrigerador de veinte pies cúbicos. Y entonces, Sergio comenzó a actuar como la oruga de Alicia en el País de las Maravillas, cuando le comenté que había cambiado el radio de tamaño, respondió:

Tú fuiste el que tomó el ácido lisérgico, no el radio.
Es confuso cambiar de tamaño.

No lo es —dijo la Oruga.

Tal vez ahora no te parezca, pero cuando te conviertas en crisálida y luego en mariposa, estarás de acuerdo que el que se agranda y empequeñece es el radio.

Bueno, tú ves las cosas de diferente manera, pero a mí me parece extraño. Y al decir esto dio una fumada a su pipa de agua.

Bueno... y, ¿cómo se llama usted?

¿Por qué?

Era desconcertante y no encontré ninguna respuesta válida. Entonces di la media vuelta pensando salir de la cabaña.

Entonces escuché la voz de la Oruga:

—Regresa, te quiero decir algo importante.

Pensé que no tenía nada que hacer y me volví. Entonces me dijo: ten paciencia, entonces respondí:

—Eso es todo.

—No, ubícate en qué lugar estás... al tomar el sunshine no sólo inventaste un país sino un planeta. Estás en mi mundo, mi estado mental, donde las cosas se ven diferentes del mundo donde vienes, allá las élites en el poder privatizaron la vida y se hicieron dueños del estado y sus instituciones, los espacios y sus gentes. Esa mentalidad expresa valores arbitrarios que los trascienden los cómplices y testaferros a su servicio.

Y volvía a la carga: el tiempo no es lo que determina la vida sino la forma de pensar. Ver el mundo con los ideales, filosofías y perspectivas en la historia virtual y en cada ventanilla... despachos, gabinetes, nos ordenan qué pensar, qué decir, qué aceptar... somos tomados como pequeños testaferros adoctrinados por el amo. Somos aquel Leviatán pronosticado por Thomas Hobbes, el monstruo

lleno de reyesitos. No rechazo lógicamente la lógica jurídica sino la pretensión de encontrar justeza de los códigos, para comenzar los gusanos también tenemos en cierto sentido el derecho de existir. Debiera haber una ley de nuestra majestad que prohiba a los niños matar los gusanos. La legalidad debe estar al servicio del pueblo y no viceversa. La ley está hecha para el hombre y no el hombre para la ley. ¿Cómo la ven?, y fumaba otra vez.

En ese momento del viaje lisérgico recordarías a Agustín en la obra *Ondina*, de Jean Giraudoux. Agustín ya no era mi amigo de la prepa sino un viejo pescador que es presentado al rey, que se arriscaba las blancas barbas y con la mano derecha tomaba el cetro. Agustín o el pescador, pidió que sus redes que le habían sido confiscadas por pescar a la Ondina, le sean devueltas. Y entonces el rey dijo enfatizando su autoritarismo con un fuerte golpe del cetro en el trono: “Las redes quedan confiscadas, porque la malla no tiene las medidas reglamentarias!”. Esa frase dejaba consternado al pescador y hacía reír al público. Pero esa noche que era la última función, Agustín compró pomos y fiambres que compartió con los actores. Agustín se pasó de la medida y se encontraba medio borracho. Los que asistieron varias veces a la representación, veían la mejor puesta de todas, sobre todo cuando Agustín se tambaleaba en el escenario, su actuación de la conducta clásica de un pescador débil y acabado.

Ahí, frente al rey de cabellos y barba blanca de peluche y los tonos grises del maquillaje. Y con la frasecita sobreactuada: ¡Por no tener la malla reglamentaria! El pescador y Agustín que en ese momento eran la misma

persona, se doblaron de risa y cayeron sobre el manto de la reina, interpretada magníficamente por la eximia actriz Nuria Campos. Agustín quedó bocabajo como suplicante, inmediatamente el rey reaccionó, llamó a los guardias que se lo llevaron a rastras y prosiguió la función, no sin la estupefacta mirada de la directora de la obra Mayra Kisinskaya que se encontraba en la quinta fila con sus invitados teatreros.

Al término de la obra nos fuimos a festejar a la cena que había preparado Mayra en la casona de un amigo ricachón, allá en las Lomas. La cena se sirvió en el jardín alrededor de la alberca iluminada. Agustín estaba destrampado, armando barullo fue lanzado a la alberca y rescatado por Rosa María que había interpretado a Violante, la que tenía un destello dorado en el ojo derecho y Raquel que hacía el papel de Helena de Troya, se atrevieron a sacar a Agustín, al que se le olvidó el personaje del pescador, pues estaba ahogado de todo. Como no podían cargarlo —dirías— llegué a ayudarlas con el fardo agustiano y fuimos a una de las recámaras donde le quitamos la ropa. Ayudaba también a quitarles la ropa mojada a las dos actrices que estaban muy divertidas de todo lo que sucedía. La champaña las había puesto estúpidas, como maniacas exhibicionistas, terminaron desnudas en la cama más pequeña del mundo que recuerdo.

Agustín perdido en ese momento emocionante. Lo cubrí con una cobija y salí a buscar ropa seca para las sirenas de la noche. En la biblioteca me encontré a Mayra, rodeada de sus amigos, me vio con cara de, ¿qué te pasa? Le conté lo sucedido. Mayra tomó la situación en sus

manos y argumentó que ella era la responsable, etcétera. Salí y me encontré a Oscar Lugo, con su blazer azul marino y botones de concha y gesto de muy internacional. Le platiqué que Agustín estaba inconsciente. Y sesgó su posible intervención, dijo solemne: el sacaborrachos es Pedro Córdova, te suplico que vayas con él. ¡Y zaz! Ese momento para mí fue el fin de la fiesta. Me quedé solo, me di una vuelta por el jardín y aquello era el sueño de una noche shakesperiana, las ninfas estaban besando a los faunos y las hadas abrazaban a los magos.

Luego ingresaron a la UNAM; Esrail escogerá psicología; Agustín, Derecho; Rosa María, Veterinaria; Elizabeth, Ciencias. Ella ha sido la más lanzada de las chavas coyoacanas. Salió de la prepa seis y fue campeona de física y matemáticas, pero su pasión siempre fue la política. Estudia en la Facultad de Ciencias, primera de su clase y muy metida en la grilla universitaria, forma parte del comité de lucha. Está extendiendo su poder con otros grupos de la universidad; seguido se le ve en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales, tomando café con los izquierdistas burgueses más connotados, leyendo a Marx, Engels, Lenin, Trotsky y Mao Tse Tung. Le encanta la filosofía política y la mezcla como si fueran isótopos e isóbaros, hace análisis infinitesimales y cálculo de probabilidades. Una especie de anarquismosextrafantasmagórico. Más la óptica, la acústica, lo espacial cinemático es su encanto. Y practica el salto cuántico sin red en sus pensamientos y emociones. Ese grupo de amigos que poco a poco dejan de verse en las actividades políticas, para ir coincidiendo en los asuntos más vulgares y corrientes: en librerías, fiestas, restaurantes, bares.

El ambiente de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en los años sesenta, con su director Zea y sus vedettes intelectuales: Nicol, Gaos, Roces, Xirau, Blanquel, Sánchez, Villoro, Guerra, Escurdia, Arreola, Rius, Dávila, Hernández Peón, Cuevas, Ramírez, Zahar, Cueli, Del Campo, Capello, Balner. El grupo Miguel Hernández llena las paredes de sus lugares de reunión del “aeropuerto” y los pasillos con periódicos murales contra la guerra de Vietnam y a favor de la revolución cubana, y programa eventos culturales para la comunidad estudiantil. El lugar de mayor importancia de la facultad, no es el salón ciento tres, ni el auditorio Justo Sierra que renombramos en mil novecientos sesenta y siete, Che Guevara, tras su muerte. Aunque ha habido grandes momentos en que ha sido un escenario extraordinario. El lugar más importante para la comunidad académica es la cafetería.

Y en cualquier momento aparece en la cafetería con su andar, con su ropa y estilo avant gard, su sonrisota. Camina sin balanceo, su cuerpo asalta las miradas y derrama voces de admiración. Sus manos tocan el vuelo del aire y abre al mundo su alegría de vivir. En el salón de clases, en la claridad de la ventana que da a la explanada, su perfil se encanta escuchando a los catedráticos. Disfruta de los nuevos conocimientos y las experiencias estudiantiles. Con ella en la cafetería de filosofía la charla deja la profundidad y aún en la frivolidad, ella encuentra el espacio y las posibilidades de crecer intelectualmente. Respira con profundidad cuando desconfía de la fuente emisora.

Los jóvenes huyen de sí mismos. No todos pueden enfrentar sus problemáticas. Se evaden de sí mismos, de la familia, de su problemática existencial. En las tardes se transforman en vampiros cuando se van de giro con sus compañeros de aventuras. Sienten alargarse por horas el cordón umbilical y luego a la medianoche sienten el estirón cuando se acaban los camiones circuito hospitales y los trolebuses de la ruta al aeropuerto. Cansados de caminar por Insurgentes, dentro del smog. La ronda es este tedio, que desea cambiar de onda. Y después el laberinto de regreso a casa, al lugar de los libros, los regaños, al ascetismo del palacio paternal, que albergan a ese jovencito sabelotodo, inserto en la historia, el número, las ciencias naturales, los filósofos, los sabios, los exploradores y sus libros de hipnotismo encontrados en el baúl del abuelo junto con la vieja pistola española y las cuatro monedas de plata.

Una tarde van Óscar, Esrail, Elizabeth y tú al auditorio Che Guevara, donde se proyecta el film *Ocho y Medio* de Federico Fellini. Luego van a una cafetería y Óscar plantea: no creo que la mota sea adictiva. Nuestra realidad es tan adictiva como acostumbrarte a respirar. Adictivo es el sexo, adictivas son las mujeres. Una vez que las conoces y las quieres no puedes prescindir de ellas. Adictivo es el tabaco. Una vez que compruebas el placer de fumar, de que una fumada de nicotina te pone a tono con lo que venga. Te sueltas, si estás estreñido. Vives el relax como cuando cachondeas a una dama y le tocas sus botones, cuando la besas y la vives toda de acuerdo al manual del Kamasutra. Entonces, a manera de réplica, Elizabeth dijo: tengo una experiencia

que quisiera contarles. Hace unos meses, en una reunión con amigos les compartía la pipa de la paz. Esperaba impresionarlos, incitando a que cruzaran las puertas de la percepción, introducirse al paraíso artificial. Les argumentaba sobre la necesidad de socavar el sistema burgués, estar contra la mentira, la cobardía, la hipocresía y la represión, muchos hicimos consciente la situación que vivíamos, pero no protestamos. Convencí a unos cuantos, pero a la persona que deseaba causar buena impresión, simplemente me desarmó cuando me dijo mirándome a los ojos: los adictos están enfermos, y agregó que para liberar a los obreros, es necesario optimizar su calidad de vida y no darles como alternativa la enajenación, la decadencia y la marginación. Es peligroso dotarlos de verdades a medias y despojarlos de sus intereses principales. La mota los convierte en zombis y faltos de carácter para trabajar, para educarse y para enfocar la lucha política. Afirmó enfáticamente: las drogas degradan la dignidad humana, de ninguna manera puede ser una solución para el desarrollo humano. Solté una carcajada y le di una fumada a la pipa de la paz, pero en mi interior había confusión. Nunca más he vuelto a fumar marihuana. La pena por su desaprobación la guardo en mi ser desde entonces.

Pasaron muchas tardes tomando café en las peñas literarias y envueltos en el canon poético de los modernistas, alumbrados con luces de velas, bajo los arcos de las viejas casas coloniales de México, en la hostería del Bohemio y en el Coyote Flaco de Coyoacán. Amar a Esrail es muy natural. Tiene un temperamento dulce, apacible, un carácter paciente, amante de la paz, de la armonía,

el confort y el asociarse con las personas. Tiene la reacción instintiva de huir o de ponerse en una situación de compromiso. Es muy sensible y emotiva. No le gusta siquiera ganarte una partida de canasta uruguaya, si siente que lo vas a resentir. Le gusta vivir rodeada de gente, con los compañeros de clase. Tiene en el amor un gran sentido de la familia y del hogar. Está hecha para la vida en pareja y la vida se le hace imposible sin amor. Ama la estabilidad y la organización. Esrail no tiene miedo en decir que te ama. Es un ángel bellissimo que te estrecha muy fuerte contra su corazón y te dice al oído que le va costar mucho separarse de ti. Dice que contigo ya no podría vivir, que le quitas el tiempo y lo pierde cuando debe de estar estudiando, que eres un iluso, un idealista, un existencialista, un filósofo que escribe mundos abstractos que nadie puede habitar. Dice que eres el niño flor, el niño libro que está escrito en sánscrito, un libro lleno de sabiduría de un lenguaje sagrado, una nebulosa de nicotina a mil años luz, un espacio de estruendo y confusión, una poesía ignorada como una larga oración, una letanía como una campanita que les pide silencio, un recuento, una antología de libros que nadie ha leído, una señal en una carretera que no tiene sentido.

Una tarde buscan Luis y tú a Esrail en su casa. Con un café con leche de por medio, Luis le plantea la propuesta de ser la reina de la porra universitaria. Esrail escucha y esboza una sonrisa complacida. Acepta la propuesta, más por su identidad universitaria que por fines publicitarios. Luis le explica que va a ser útil para la universidad, que su imagen fresca traerá sentido motivacional a los Pumas y un mayor impulso al entusiasmo

deportivo de los estudiantes de las preparatorias y de las facultades. Esrail con el tiempo se transformó en una imagen emblemática del cine mexicano. Pasó de la Facultad de Filosofía y Letras a la pantalla de cine, donde desnuda corre por el celuloide en decenas de películas y en la televisión protagoniza una bella historia de amor de principios del siglo veinte.

Cada domingo durante treinta minutos saciaba la sed de los televidentes. Expresaba el realismo, la inmóvil paciencia y sentido del orden y del deber. La gitana vibraba con su fuerte temperamento y un amor lleno de sobresaltos y separaciones con un apuesto y valiente militar enfrentado por el conservadurismo decimonónico y las costumbres gitanas y después por otra mujer, que resulta ser su hermana menor. Al final la gitana resulta ser una rica heredera. La historia despertó e impactó con un derroche de ternura, sensualidad y romance que salvó las vidas de los mexicanos del aburrimiento.

Mientras eso sucedía, la relación con ella se fue alejando hasta diluirse en el recuerdo de tomar té en El Convento o caminar por las calles de San Ángel... A veces deseas estar en esa ciudad... la ciudad Esrail... la mujer Esrail.

Una tarde, Hamlet te lleva a conocer al Sherif. Se estacionan a mediación de la calle de Aguayo, entre París y Londres en el número cien, contraesquina del garaje de la línea del Valle-Coyoacán. Hamlet toca tres veces una cortina metálica. En voz baja te dirá: es la contraseña.

Apenas suban la cortina encontrarán al Sherif. Entonces le dirá a tu compañero:

—Hamlet, ¿cómo estás? Y muy cortés le responde con mucha atención:

—Muy bien don José. Hamlet es muy salamero, muestra su buena educación. No como otros, que muestran su origen humilde, su cuna pobre y su poca madre.

El viejo los invita a pasar. Hamlet dice:

—Le presento a mi amigo.

El viejo dice:

—Esta es la Carabela y es tu casa. En un salón que tiene una división, se encontraba un camastro a lo largo de una ventana con persianas, junto está empotrada una vitrina y en las puertas pegado un vaso de cuero de cubilete y cuatro dados, con la leyenda: “Lo mejor de los dados es no jugarlos”. Una advertencia de la peligrosidad del juego. En una repisa junto a la ventana está colocado un radio antiguo con los nombres de Pepe y Nacho. En la pared, un arco y unas flechas con la leyenda en tarahumara: “Repabe, Raramuri, Nasinacuri”. Preguntarás qué significan esas palabras. Y el viejo dirá:

—Es una expresión tarahumara, que significa en castellano: “Adelante Indio Güevón”.

La división forma un librero que culmina con dos árboles de la vida de Metepec. El librero contiene algunos libros y objetos diversos, pinceles, pinturas de aceite y de agua, vasos, una botella de vino y copas. Sobre una caja fuerte, un arcón cuya cubierta de piel tiene los diseños de dos indios apaches y en la parte superior la leyenda: San Francisco 1907. En la parte de atrás una pintura abstracta de formato mayor de Estrella Newman. Con el tiempo te informará que los árboles de vida

y el baúl fueron un regalo de la güera Isolda Kahlo, amiga de la Carabela y habían pertenecido a Frida Kahlo. El salón tiene una oración en la pared que dice: *Quien tenga penas, que se las vaya a contar a su chingada madre.* Es una advertencia de no llevar malas ondas a la Carabela. También otra: *Aquí no se habla de política, de religión y de fútbol.* En su natal Chihuahua manejaba un camión en la sierra en el mineral de la Macuariche. Después de una tranza, llegó a Coyoacán, deefe. Se dedicó a muchos oficios. Le fue bien y mal. Tuvo una tintorería por avenida Universidad y se le incendió. Huyó nuevamente. Puso una herrería. Le fue bien con los contratos del multifamiliar Miguel Alemán. Era nada original, le gustaba la copa y las mujeres. Encontró una, le llamaba la India y eran padres de tres hijos. Por una traición de la India se separó de ella y le dejó una casa en el barrio. Luego en el terreno triangular lo hizo su cobijo y le llamó la Carabela. Se imaginaba y hacía imaginar la proa, la popa, la cubierta y el mástil a la tripulación integrada por Pepe Rizo, Judas, David, Abelardo, César, Juanito, el Pochugón, Pedro Camps, Carlos de la Rosa, el Güero Verduzco o Tranzusco, los Pingüinos, Jorgito del Mar, Kikis, Estrella Newman, Isolda Kahlo, Hamlet, Sergio el Proel. El capitán decía que en la proa estaba su puesto, luego cambió y dijo rimando: “Cachetes de cuero ya no es marinero porque es muy grosero”.

El capitán es una persona recia, de fuerte personalidad y empatía para establecer relaciones interpersonales. Presencia de líder, voluntad de mando y fuerza dramática. Un viejo que al hablar parece sostener el humo de un toque para que no se escape... y ese tic en las cejas,

su nariz aguileña, su sombrero gris borsalino. Su particular forma de arriscar los labios cuando está contento. ¡Muy chingón! Era un viejo de más de setenta y cinco años cuando lo conociste. Te impresionó que fuera un jipi ruco. ¡Un jefazo!

Un día la gente en la calle llega a la esquina, esperando posiblemente un camión, un trolebús o un taxi. Observan por instantes los titulares de los periódicos, las imágenes y textos de las revistas. Cada cual va a su propio cuento, a su propia estación de radio, a su propio trabajo, a su casa, a sus calles, a sus mujeres, a sus amigos. Llevan sus cosas, sus bolsas, sus libros, sus ropas, sus propias miradas, sus propios pasos los han traído a esta esquina y ahí está en el periódico el encabezado: “Traficante asesinado, encontraron el colchón relleno de billetes de banco”. La noticia desborda el comentario, la gota que derrama un mar en un vaso de agua. El sordo del callejón del Diablo fue asesinado. El viejo Sherif al confirmarte la noticia dirá: no, no lo sabía. Sí que estaba cargado el petrolero soreque, le encontraron una maleta con varios millones de pesos. El sordo suprasensible, el pobre sordo era un pobre millonario sin aspiración de gastarse nada. El sordo no supo para qué sirve el dinero. Nacido en el callejón del Diablo, en el mismo lugar donde murió. Su casa de lámina y tablas viejas. Sin oficio, su arpegio era vender drogas o petróleo. La incógnita es, ¿quién realmente era? No tenía amigos. Encerrado toda la vida en su jacal. El famosísimo sordo del callejón del Diablo acumulando billete tras billete. Es absurdo, incluso tratar de hacer la cuenta del producto de toda la droga vendida en treinta años.

Morir con varios millones de pesos en ese miserable cuartucho de la ciudad perdida.

Un personaje característico de Coyoacán era el ingeniero Gaytán, el rey de Coyoacán, vestido con un uniforme de la Academia Militarizada México y las medallas que le regaló el Charly del Cristóbal Colón, o con los trajes y corbatas que le regaló el licenciado Romero, el domingo va con dos cocacolas familiares y una botella de Bacardí que arrincona en uno de los balcones de una casa frente a la iglesia Presbiteriana Getsemaní, cerca de la casa de Frida Kahlo y se pone a cantar: ¡Que suenen campanas que ha nacido el rey... Gaytán, Gaytán, el rey de Coyoacán! Y los chavos le siguen la locura, gritando a coro: ¡Gaytán, Gaytán, el rey de Coyoacán! Y cuando salen los feligreses del templo. Gaytán les recuerda, no porque digan: ¡Gaytán, Gaytán, entrarán al reino de Coyoacán!

Otras veces sube al pórtico de la delegación Coyoacán. Inicia su discurso anunciando al pueblo coyoacano sus reformas: la cantina Guadalupana no cerrará el 12 de diciembre, los autobuses Colonia del Valle-Coyoacán se le agregará la palabra reino y será un servicio gratuito el servicio a mis siervos. Abolí la república para evitar la simulación de las clases esnobistas. Es decir, sin nobleza, que dominan para explotar no para servir. Un contraste de México con el mundo; en Arabia, los ladrones son amputados; en Escandinavia los ladrones son imputados; y en México los ladrones son diputados. La clase política que tenemos en México es de caricatura, una vez que asumen el poder del gobierno, tienen un ritual secreto para tomar decisiones, que consiste en

sumergirse en un submarino para que la gente diga que en el fondo no son tan pendejos.

El rey de Coyoacán luego se lanzó contra el delegado y sus secuaces, los comparó con los canguros porque dijo son unas ratas grandotas. Como hacía sus ataques muy directos, los policías que desde lejos se reían del discurso de Gaytán, se acercaron con cara muy seria porque se estaba pasando de la raya. Gaytán observó que los policías preparaban un operativo contra él... y para evitar ser detenido, de pronto acabó su discurso.

Ya lo ha dicho mi abuela: no hay loco que coma lumbre.

El sesenta y siete fue un año de contraste y enfrentamiento con los fresas. Mientras escuchabas “Bosque Noruego”, con Pablo Pascual, recorrerían los callejones coyoacanos. El trabajo era la difusión de la organización de los juegos olímpicos. La chamba era creativa y sin embargo buscaban escapar de esa atmósfera opresiva de envidias de los compañeros de oficina. En una ocasión llegó Esrail a saludarte a la oficina, y con todo descaro Galindo fija su mirada morbosa y rígida. Ve lo buena que está, hermosa, radiante, perfumada como una flor. Cuando se da cuenta de que la mira de reojo esconde el rostro. Ella se acerca sonriente y te da un beso en la mejilla. Rápidamente la sacas al jardín y la llevas a conocer el lugar. Pasan por unas oficinas impecables, llenas de luz, de espacios claros; sin cuadros, sólo unos carteles del Comité Organizador de la XIX Olimpiada. Allí por el pasillo están un grupo de intelectuales, don Carlos Illescas, Carmen Molina y Luis Gutiérrez y González. Don Carlos un poeta sensible, salió después de la intervención

norteamericana contra el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, era un literato que expresaba su espiritualidad en imágenes y palabras, cultivaba el buen gusto, la sinceridad contra la servidumbre y la demagogia. Era un promotor cultural y un enciclopedista del arte cinematográfico. Carmen es una maestra rural michoacana que trabajó en las pequeñas comunidades del país. Cardenista de corazón. Un día fueron a visitar Topilejo que mantenía demandas populares apoyadas por un comité del movimiento estudiantil. Quiere mucho a Heberto Castillo. Después del 2 de octubre, Heberto vivía en la clandestinidad. Buscábamos un lugar donde esconderlo, ¿pero dónde? Carmen trabajó en Cuba y conoció al Che Guevara y a Fidel Castro. El cuadro de Fidel que tenía en la sala de su casa era ilustrativo de su admiración. Le hablaste sobre tu sorpresa de ver las condiciones de los indígenas al recorrer Chiapas y Oaxaca. Ella escuchó y expuso: existe una ideología que hace que creamos que debemos buscar algo porque ya lo hizo Estados Unidos o Europa. Pero eso está equivocado. Necesitamos pensar y hacer lo que necesitamos. Qué bueno que carecen de lo que para otros es necesario porque cuando lo necesiten van trabajar por tenerlo mejor. Pero allí está la mentalidad subalterna que rápidamente quiere imponer lo que está de moda en otros lugares. Confunden lo grandote con lo grandioso. Se hinchan como pavo reales de un trivial orgullo nacionalista. No se dan cuenta de la decadencia del país, a pesar de la riqueza petrolera, que no es eterna, ni del tráfico apabullante de la Ciudad de México.

Entre los que trabajaban en la difusión de la Olimpiada estaba Luis, que escribía de política y toros en la revista *Siempre*. Desde la primera vista, reconoces a un norteño franco, amigable, lleno de energía. Una noche en su vocho, les daba un raid a Carmen Molina y a ti. Luis se da cuenta de que llevas un paquete de hojas y seguramente, como todos sabían en la oficina que eras un activista del movimiento estudiantil, dijo que en la madrugada había tenido una pesadilla que lo consternó. Lo que soñó fue una premonición de la masacre en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Lo recuerdas bien. En esos días documentabas las actividades desarrolladas en la Olimpiada de la Paz. Suena irónico ahora.

Un viernes de octubre o noviembre de 1967, en el auditorio Che Guevara de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, hubo una conferencia sobre Federico García Lorca dictada por el intelectual cubano Juan Marinello. Al término, te acercaste al conferencista y le solicitaste un autógrafo en la revista *Pájaro Cascabel*, que los poetas Efraín Huerta y Thelma Nava te acababan de vender. Marinello escribió: *En recuerdo de una noche lorquiana*. Eran los tiempos en que los estudiantes mantenían una convivencia constante con los escritores Juan José Arreola, Carlos Monsiváis, José Revueltas, Ramón Xirau, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Efraín Huerta, Thelma Nava y Luis Villoro.

Generalmente los viernes por la tarde Filosofía está vacía y esa vez estaba ausente el público habitual. La única conocida era Alcira Soust Scaffo, la poeta uruguaya, una mujer alta y delgada, de cabello entrecano, ojos azules y como la melodía de Procol Harum: *A Whiter*

Shade of Pale, Una Pálida Sombra. En su bolsa cargaba un legajo con sus poesías y las tradicionales hojas mimeografiadas de “Poesía en Armas”, que regularmente distribuía en los pasillos, en la terraza del aeropuerto y en la cafetería, sin ambición ni protagonismo. Mujer admirable que en la primera impresión parecía muy vulnerable. Entre los aliados de los grupos culturales Miguel Hernández y José Carlos Mariategui, había ganado la amistad de todos. Los trataba como una hermana mayor, y le correspondían su cariño con cortesías como invitarle un café o un sándwich.

En aquella ocasión, con tu querida charrúa, platicaron sobre la conferencia y al salir del auditorio se encaminaron a la avenida Insurgentes para esperar un autobús que los sacara de ciudad universitaria. Después de un rato deciden irse a pie a San Ángel y al pasar por el Sanborns, la invitas a cenar. Ya en la sobremesa te lee algunos de sus hermosos poemas que expresaban su dignidad y valor humano. Mientras lee: *Soy la tierra y tiemblo... y tiemblo*, comenzó a temblar en verdad, de forma oscilatoria y trepidatoria. De inmediato los clientes se levantan y escapan rumbo a la puerta, mientras los candiles se balancean y se escucha crujir el edificio. Se sorprenden por la coincidencia. Ahora crees que Alcira era una especie de ángel con una relación espiritual con la tierra que respondía a su mandato. Y ella no lo sabía.

Salieron y nuevamente a la aventura de buscar un taxi casi a medianoche. Era inútil no pasaba ninguno y nuevamente a caminar, con el vitalismo fuera de serie de una mujer madura, en una noche que se sentía cada vez más fría. Alcira temblaba de frío, le ofreciste tu saco para

que se cubriera. Caminaron como una hora y llegaron a la zona de los cabarets de la colonia del Valle. En la puerta de un antro, salió un sujeto mostrando una placa de agente del servicio secreto. Con prepotencia comenzó a interrogarles e intentó arrebatarle a Alcira su bolso para esculcarlo. No lo hubiera hecho, porque la mujer que parecía muy frágil se transformó en una con carácter de acero. Alcira jaló con fuerza su bolso e hizo gran escándalo, con delirio le espetó una serie de frases fuertes que desalentaron al policía. Alrededor de ustedes estaban unas seis personas que llegaban o salían del lugar. Alcira le manifestó que era una profesora universitaria y que su placa no lo autorizaba en tratar a nadie con violencia. Palabras no le faltaron para exigirle respeto. Entonces el agente policiaco te dijo: mejor llévatela. Y como por arte de magia apareció un taxi y le pediste que los llevara al Sanborns del Ángel. Se acomodan en el auto. Estaban muy cansados y friolentos, el auto era un refugio. En el camino todavía Alcira descarga su enojo contra aquél que había osado quitarle su bolso con esos papeles, que eran su tesoro máspreciado.

En una de las mesas del Sanborns están Hamlet, Eduardo y Javier. Al verlos les invitan a su mesa. Alcira, todavía viva la paranoia, les cuenta toda la aventura de esa noche. Les dieron casi las seis de la mañana y en el vocho de Eduardo, el “Santito Francés”, le da un raid. Luego Hamlet menciona que ha terminado con Nuria, su novia; Eduardo y Javier secundan que sus matrimonios también están tronando, que el tiempo era propicio para darse un espacio. Hamlet hablaba de renunciar a sus puestos de orientadores vocacionales y Eduardo y

Javier están de acuerdo en solicitar una licencia sin goce de sueldo, pero no renunciar. Le pides a Eduardo un raid a la casa de tus padres, para prepararte para ir al trabajo. Ese trío de amigos tardarían como cuatro meses en regresar al Distrito Federal. Dejarían los trajes y las corbatas, el pelo corto por los blue jeans, el pelo largo y los collares de jipis. Viajaron por Jalisco y Nayarit en busca de peyote y los huicholes. En la revista *Piedra Rodante* leyeron sobre María Sabina y decidieron buscarla, cruzaron la ciudad de Puebla y por Tehuacán llegaron a Teotitlán del Camino, en Huautla de Jiménez, encontraron a María Sabina en la última casa de la calle principal, en un cobijo de madera y láminas de zinc.

María Sabina una mujer indígena, humilde, bajita, de pelo cano y arrugas que rodeaban una nariz ancha y esos ojos oblicuos que miraban el mundo girar... su vestido bordado con flores la enmarcaba. Mujer sabia en medicina, mujer sabia en yerbas, mujer sabia en palabras, mujer sabia en problemas. Como los antiguos chamanes mexicanos usaba la palabra como poder curativo y medio de comunicación con lo sobrenatural. Ella curaba cantando: *Soy mujer que vuela, soy mujer que nada, porque nado en el universo.*

La visitaban muchos jóvenes de pelo largo de varios lugares del mundo y ese día aparecía este trío de greñudos que tenían mucha diferencia con los gringos e ingleses que la habían visitado.

Les preparó una ceremonia especial, porque encontró en ellos interés por tener la comunión con los "santitos". En la ceremonia se transformó en un ser poderoso, una persona prodigiosa con una voz determinante al

decir: *soy la mujer pura... la sacerdotisa que es guiada por los hongos sagrados.*

La curandera en la ceremonia les dio a comer *Teonanacatl*, hongos sagrados pajaritos, San Isidro y derrumbe, a los que llamaba “niñitos”. Y les cantaba con alegría: *Soy la mujer que canta, soy la mujer pájaro, soy la mujer que mira hacia adentro...* Ellos probaban el sabor de los hongos, era como comer tierra húmeda y ácida. Cada uno abandonó ese espacio y se perdieron entre las estrellas... las imágenes los llevaban a un tiempo distinto... las calles de la Ciudad de México, de Guadalajara, a San Francisco California, a las playas de Acapulco.

Ella, la sacerdotisa sabia, miraba los demonios que acompañaban a los sicólogos y los arrojó a las regiones celestes. Y decía: *me conocen los santos del cielo y los ángeles.* La letanía continuaba... *soy la mujer luna, la estrella de la mañana, soy la estrella dios... soy la mujer que habla con la voz de los pájaros, la mujer de la barranca... la mujer del acantilado, la mujer de las corrientes del agua bajo el Puente de Fierro... la lluvia del cielo, la mujer que vuela por los aires arriba de San Mateo Eloxintlán...* y de vez en cuando fumaba sus cigarros. María Sabina hablaba, como si tuvieran el don de lenguas, la entendían a pesar de que no hablaba español ni ellos mazateco. En los días siguientes el pueblo huautleco, conocía a Eduardo, Hamlet y Javier como los sicólogos.

María Sabina los miraba viviendo en una cabaña en San Mateo Eloxintlán junto al panteón, donde llegaban otros jipis Viborín, Laramie, Bermúdez y los del Quinqué Mágico... Ella sabía que cambiarían de residencia, unos meses en la sierra y muchos años en las ciudades

furiosas... miraba que un tiempo serían ayudantes de su amigo el doctor Salvador Roquet. Los encomendaba a Dios, a la virgen y a los santos, les quitó las enfermedades que iban a tener... los despidió acompañados por ángeles para que les fuera bien. Cuando bajaron de la sierra mazateca, tenían la convicción de que la curandera María Sabina tenía poderes sobrenaturales. Era una mujer sabia que miraba al interior de los corazones y los pensamientos de quienes vivían la experiencia de los hongos. Ellos recodarían su letanía. Cuando llegó el amanecer, María Sabina había visto sus destinos, podían ir confiados, los llenó del valor de sus oraciones. Los hongos alucinógenos los había llevado a sueños profundos y la luz del sol los despertó con alegría y llenos de amor... en los sueños escuchaban las letanías de una melodiosa voz diciendo: *soy una mujer pájaro, la mujer del libro abierto, la mujer agua. La mujer aire. La mujer flor. Dios me conoce y me ama. Mujer aerolito soy. Mujer estrella soy. Mujer águila soy. Chjon chjine ski, chjon chjine ska, chjon chjine én, chjon chjine cjoa: soy la mujer sabia en medicina. Soy la mujer que sabe curar con hierbas, que cura con palabras y cantos, que cura con flores y perfumes. Mis oraciones son capaces de curar... soy la mujer montaña, la mujer bosque... mis palabras anidan en la mente y en el corazón... mis palabras anidan en la luna y en las estrellas, viajan a las constelaciones cuando hablo a los santitos... mi canto canta a la vida.*

Hofmann el descubridor de LSD25, en su libro *Las Plantas de los Dioses*, lo inicia con palabras de María Sabina: *cuando penetras el mundo de teonacátl, más cosas se ven y miras nuestro pasado y nuestro futuro como una sola*

cosa que ya se llevó a cabo, que ya sucedió (...) Veo caballos robados y ciudades enterradas cuya existencia es desconocida y que están a punto de salir a la luz.

Veo y sé millones de cosas. Conozco y veo a Dios, un inmenso reloj que palpita, esferas que giran alrededor y adentro de las estrellas, la tierra, el universo entero, el día y la noche, el llanto y la sonrisa, la felicidad y el dolor. El que conoce hasta su fin el secreto de teonacátl puede ver esa infinita maquinaria de reloj.

Cuando los sicólogos salieron de la cabaña iban frescos, felices y fueron a desayunar... al tomar el café sentían una fuerte cosquilla a lo largo de la columna vertebral... los frijoles y las tortillas sabían deliciosos. Eduardo se preguntaba: ¿a qué les sabría al pueblo de Israel el maná, que caía del cielo?

Casi dos años después, era un viernes el día que fueron a Huautla de Jiménez, cada quien lo hizo por su lado. Si se hubieran puesto de acuerdo, alguno no hubiera podido llegar. Alfredo Ponce subió con Hamlet, Eduardo y el Pochugón en el Safari, Javier iba con Rosita en el Fiat 1500 millecinquicento y tú viajabas en autobús flecha roja y cerca de la caseta de la autopista en Puebla viste el Fiat desde el autobús cuando lo rebasó, al llegar a la caseta. Te bajaste para pedirles un raid. Así eran los encuentros de esos amigos, por eso Cacalín decía: “estamos conectados del cerebro”.

En Huautla buscaron a María Sabina y su hija les comunicó que estaba enferma, entonces buscaron a otro chamán. Después de averiguar, Braulio les dijo que podían quedarse en su casa.

Esa noche, después de haber comido los hongos, dejaron la casa de Braulio; se subieron al Safari, Alfredo Ponce, Pochugón, Javier, Hamlet y tú. El viaje era placentero... miraban los millones de luciérnagas que destellaban en la floresta y se confundían con el firmamento. Se habían quedado en el placer, la evasión, una fuga de su problemática, donde los snobs y los jipis fraguan su fantasía. En la mañana los despertó un ruido tremendo, era un avión, que vieron elevarse y que había pasado en picada para advertirles que el Safari estaba estorbando el aterrizaje. En ese momento se despertaron todos. Ponce encendió el auto y lo sacó a un lado de la pista. Un momento después la avioneta aterrizaba y descendieron los tripulantes. Una sorpresa, uno de ellos era el psicoanalista Salvador Roquet, acompañado por la actriz Leticia Robles y periodista Jorge Palmieri. No hacía ni un año, que los sicólogos y tú habían participado en las sesiones de psicosisíntesis en su consultorio. Y en la Asociación Albert Schweitzer, lo acompañaron excursiones a Ayautla y en visitas de salud en la llamada Operación Mazateca. Roquet era un radical que encaraba los problemas, penetró a fondo en los alucinógenos y no se anduvo por las ramas, se entrevistó con los expertos: María Sabina, Gordon Wasson, Roger Heim, Albert Hofmann y Timoty Leary.

El doctor Roquet trataba a sus pacientes con hongos, con la datura ololiuqui, o semilla de la virgen, de uso desde tiempos prehispánicos, en la psicodelia se expandían las facultades de atención, velocidad del conocimiento y comprensión de los estímulos internos y externos. Los hongos alucinógenos amplían la actividad

onírica en forma consciente. En la medida que se está más prendido, la emoción se desinhibe. La angustia es el motor que permite encontrar nuevo sentido a la mente y descubrir los núcleos conflictivos. Mientras el psicoanálisis se infiere los problemas, en el psicosisíntesis en el sujeto estalla el conflicto y es evidente la solución. Para ayudar a vivir plenamente la vida, lo primero es quitar las cargas que el subconsciente acumula, todo lo primitivo: represiones, frustraciones, las insatisfacciones, las agresiones, la violencia.

Son interesantes los fenómenos de la regresión de los pacientes, cuando se les proyectan transparencias de su infancia, gatean y hablan como niños. O de los pacientes al experimentar la datura que reviven su nacimiento. Es como la recomendación de Jesús a Nicodemo, en la psicosisíntesis es necesario nacer de nuevo. Las sustancias distorsionan el tiempo y el espacio, se presentan perturbaciones visuales y auditivas, a veces vértigos, náuseas y taquicardias. El doctor Roquet ya comprendía que las plantas enteogénicas amplían la actividad onírica en forma consciente, que expandían las facultades de atención, la rapidez del conocimiento y la comprensión de los estímulos internos y externos.

Mientras acompañaban al grupo por las calles de Huautla, María Sabina bajaba al pueblo a encontrar al doctor Roquet que la llevaría a México para hacerle estudios clínicos. La curandera no se podía curar a sí misma. Decía que los “santitos” habían dejado de hablar mazateco, que hablaban inglés como The Beatles, The Rollings Stones y Bob Dylan que la habían visitado. Decía que padecía las enfermedades de los que había curado.

En el año sesenta y ocho, la noche que el ejército tomó Ciudad Universitaria, Alcira quedó atrapada en un cubículo de la Torre de Humanidades. Contaba Pepe Revueltas que Alcira, desde la ventana de un baño del octavo piso de la torre, miraba cómo estudiantes y profesores eran llevados a punta de bayoneta, algo que su moral y su pánico no toleraba. La leyenda dirá que minutos antes que llegara el ejército, puso el disco de Voz Viva de León Felipe recitando sus poemas por los altoparlantes de la radio comunitaria. Ese episodio de la recepción de los represores convertirá esa pesadilla en una película surrealista, digna de ser filmada por Buñuel. Y permanecerá en esa noche terrible, escribirá una leyenda de poesía de resistencia y se convertirá en una heroína uruguaya que resistió la intervención militar en la UNAM. Estuvo doce días y sus noches encerrada en un baño de la Torre de Humanidades, alimentándose con agua y papel higiénico, hasta que el poeta Rubén Bonifaz Nuño la encontró moribunda. Después de su recuperación escribirá: “Me gané un pueblo y una metáfora”.

Charly llega a San Ángel con el *Últimas Noticias* de *Excélsior*. En la portada una foto donde el santito francés es sujetado violentamente por unos soldados. Esa vez hablan de encontrar un nuevo lugar. Están lejos de saber que Alcira estaba atrapada, mientras, se la pasan de poca madre en el departamento de San Jacinto. Alcira valientemente aguantó sitiada un millón treinta seis mil ochocientos segundos hasta que regresaron los universitarios. Cuando tomaron preso a “El Búho”, ya habían abandonado el departamento. Una tarde en el carro de Hamlet llevan los mimeógrafos a Tlatelolco,

y después de la masacre del 2 de octubre, seguirían imprimiendo las poesías de Alcira y textos de libertad a los presos políticos. Tenían sentimientos de culpabilidad y de vergüenza de estar libres, con la conciencia de que la cárcel, el trabajo burocrático, el juego y el vicio, aniquilan. Todavía tienes el mimeógrafo Gestetner que conservas de esa lucha.

El dos de octubre puso fin a la “estabilidad política” de la postguerra y fue un indicador de los movimientos revolucionarios que seguirían en esos años. Los mitos y los fantasmas emergieron de la noche a la mañana. La luz cae sobre el plano de la ciudad. Las lágrimas caen al pensar en la ciudad desalojada de su gente y convertida en madriguera de buitres y zopilotes. Arriba, en las ramas altas de los eucaliptos, los viejos tiempos miran pasar las aguas putrefactas del canal del desagüe. La intriga fue consumada en las tinieblas y la muerte se paseó en medio de un carnaval de idiotas felices que festejan la victoria en los juegos de la décima novena olimpiada de México. Los diablos corren vestidos de judas envueltos en humo de pólvora, los policías enmascarados saludan al preciso, a mister King Kong que se asoma en el balcón central del palacio nacional. Sus secuaces ebrios se dan palmaditas en la espalda. Los infames se pierden entre tanto parásito del país. La llamada telefónica del estado mayor presidencial dirá: “señor presidente: cumplida la orden”.

Los zopilotes vuelan sobre el largo camino y el polvo de los juzgados donde los malditos escriben con tinta pestilente supuestos testimonios. Tras las rejas los jóvenes responden distinguidos y valientes ante el ultraje, la infamia y la deformación de los hechos. El Sherif

les daría un consejo carcelero: no, mis hijos, cuando se peleen con un cabrón que los quiera sobajar, ultrajándolos en lo más íntimo, no se dejen, pónganle un tope carcelero, una punta de chingadazos y cuando el otro diga papas, no se toquen el corazón y abarátenlo gacho. Para que no vaya a ser que por portarse buena gente, un día ese cabrón, malamadre, se vengue de ustedes y él no tenga la piedad que tuvieron con él. El sherif Ordóñez era un personaje teatral, pero sobre todo solidario

En otro lugar, Raúl regresaba de la misión encomendada, llevar un cargamento de sustancias tóxicas y tirarlo al mar. Se le recomendó no mirar el contenido del cargamento. El avión volaba sobre el mar cuando Raúl no pudo aguantar la curiosidad de qué cosa había tirado, entonces se sorprendió de ver flotar decenas de cuerpos en la espuma y las aguas azules. Su corazón se estremeció y aumentó su frecuencia en las sienas. Aceleró el aeroplano de la macabra operación. Se siente tan pequeño, tan avergonzado de sí mismo. Con el tiempo sentirá asco, vergüenza y culpa. Se sentirá para toda la vida engañado de ser un simple piloto, un soldado al servicio de la patria de un ejército de chacales. Siempre: sí señor, a sus órdenes, listo mi coronel, solicito permiso capitán, comandante estoy a su servicio. Ser solamente un subalterno. Un testaferro al servicio de la milicia. Alguien que recibe órdenes, un don nadie que sólo debe de pensar en obedecer. Regresaba a la base. Le aterroriza que le den otra operación como ésta. No sabrá qué hacer de su vida. Cómo acercarse a sus hijos, a sus padres, a su esposa. ¿Cómo contarles eso? Cómo aceptar que perdió su dignidad. Su alma fue arrancada, su ser sustituido

por otro, por un autómatas, por un individuo vestido de verde, sin unidad, sin origen, sin destino. Ahí en medio del mar y el cielo, detenido para siempre en esa culpa.

Los jóvenes que estuvieron en la plaza fueron los más sorprendidos del final de silencio y miedo. Muchos de los que murieron no tuvieron la oportunidad de asustarse. Otros, que fueron alcanzados por una acción monstruosa y criminal, todavía reflejaban en las fotos el terror en sus caras. No habrá jamás una ciudad como esa, ni una universidad así. Un país como México, es único. Un lugar donde la riqueza es más importante que la verdad, donde las instituciones se caen a pedazos por la corrupción, donde el presidente ordena matar en nombre de la patria. No habrá jamás un país así, un puto país donde la mentira y el dinero son más importantes que la justicia y el bienestar de la nación. No habrá tampoco una juventud como aquella, ni padres, ni hermanos, ni ideales tales, ni la esperanza de diálogo.

Al pensar en el sesenta y ocho, cuando los jóvenes fueron objeto de la represión, sentirás el sabor amargo en la boca, como una cucharada de Emulsión de Scott. Bastará para que te transportes a la amargura y ese sabor te fastidiará la existencia. Pasó como los ciclones y los relámpagos, el fondo musical es el *increcendo* de la pieza de un “Día en la vida”, de los Beatles y el estallido en el momento cumbre de la masacre. Fue una canallada.

CAPÍTULO III

Con cosas maravillosas

*En adelante, el pasado, el presente y el futuro,
viajan en nosotros mismos.
Y todo será así hasta el final,
una especie de caminata
por un laberinto que surgió de lo incognoscible.*

(Palabras descubiertas en la cabeza de un hombre-ropero,
que fue subastado en una vieja tienda de antigüedades
de la Rue de Beax Arts en París)

Vas cruzando por el pasaje catedral de Donceles a Guatemala, con este traje de casimir azul marino, camisa azul claro, corbata roja con dorados, aroma de loción francesa y observas a la gente que transita por el largo pasillo a los comercios de libros, instrumentos musicales, souvenirs, hierbas medicinales, objetos mágicos y religiosos: talismanes, cálices, cruces, imágenes de santos del calendario. Cruzabas con tus veintiséis años entre toda esa gente que compra, vende, arregla negocios, problemas o solamente vaga en un sin fin de puertas,

bocacalles, túneles, viaductos y periféricos de esta ciudad laberinto. Ayer te encontraste con un recado en la oficina de tu amigo Agustín. Tu compañero de la preparatoria y en C.U. de la política estudiantil, las serenatas a las novias, el billar, el boliche, los juegos de fútbol americano y ahora un destacado editor.

Después de algunas devaluaciones económicas, de años y meses de no hablarse, siquiera por teléfono, estaba esa nota: te espero en el Café Moneda a las once de la mañana, me urge verte.

Subirás por la joroba del templo mayor y como en un tobogán pasarás frente a los frascos con chochos de una farmacia homeopática, cruzarás la calle y observarás ahí abajo los cimientos del gran teocali, la entrada de una vieja vecindad. En la calle, el aire cálido te recibe, mientras pensabas como Neruda: nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Distes vuelta por la esquina de la calle de licenciado Primo de Verdad. Ahí está ese imponente edificio neoclásico, donde se estableció la Escuela de Altos Estudios de la Nueva Universidad de México, y que con el tiempo se transformó en la Preparatoria dos y finalmente en Prepa siete.

Ahí pasó parte de su adolescencia ese grupo al que le pusieron el nombre de la Familia porque podían llegar a la casa de cualquiera de ustedes y se sentaban a la mesa a estudiar, hasta que los libros dejaban el lugar a la vajilla y las cenas que les ofrecían esas madres de la Familia. Pasas frente a la iglesia de Santa Teresa, convertido en archivo. Estando en la prepa, algunas veces escalaron su cúpula con Edwing Coutinho y otros.

Vas aspirando la humedad de esas vecindades que no han cambiado. Y luego, frente a la placa que señala el lugar donde estuvo la primera imprenta de América caminaste media cuadra y llegas al Café Moneda. Tras la vidriera está Agustín. Se observan largamente mientras te acercas a su mesa. Al saludarte te dice:

—Hermano, tengo una propuesta para que seas el corresponsal de la revista en Francia. De pronto te voló la mente. Habías peregrinado en México para una oportunidad que te permitiera encontrar lo maravilloso del mundo. Quería el reportaje gráfico de *La Voix Solaire*, y significar los tiempos medievales bajo la Vía Láctea, de París a Santiago Compostela. Se quedó mirándote, mientras asentías. Tú también buscabas en sus palabras, interpretar el sentido de la propuesta. Y él está diciéndote que pienses en viajar en lugar de hacer dinero. Y no puedes creer que sea posible ir Europa gratis. Entonces él sonrió y te dio una palmada en el hombro.

—¿Quieres tomar algo aquí?

Ante tu negativa, agregó:

—Bueno —dijo— vámonos.

Pidió la cuenta y salieron de prisa. Media hora después estaban en la avenida Reforma. Cruzan el lobby de ese edificio elegante y estaban de frente a elevador. Al cerrarse las puertas, sentiste esa sensación en el vientre, mientras ves a México a tus pies, los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatépetl se observan cercanos. Los caminos a los volcanes los conoces muy bien, de San Rafael a la cascada de los Diamantes, loma larga, la cabeza. De Amecameca a Tlamacas, hacia arriba por las cruces, la media luna y el cráter. Desde ahí se observa

al oriente el Pico de Orizaba y hacia el norte los pies del Iztaccíhuatl.

El ruido de las turbinas era ciclónico y en unos momentos el avión se deslizaba veloz por la pista. A tu izquierda iba quedando atrás el edificio y la torre de control del Aeropuerto Central de la Ciudad de México. Dejaste de sentir la vibración de la tierra. Sientes las reverberaciones de la música de los motores, se mezclan con el nerviosismo de la partida. Atardece y observas la claridad del cielo con mayor transparencia. Entrás a una mentalidad de capullo. Elevarse en el cielo, puede ser sólo una figura retórica pero también un ideal.

Entonces empezarás a recordar esa ciudad que harías más tuya, porque la mirabas alejarse. Los grandes llanos con sus espejos de agua, lo poco que quedaba de Tenochtitlan, el lago salado de la luna, era las dunas salitrosas de un desierto entre montañas verde-azules, que empequeñecían y se disolvían en la palidez del sueño que llegó poco a poco.

El avión llegó a Orly, el aeropuerto de París. Se veía la pista argentinizada. Los pasajeros somnolientos y sonrientes, impersonales y vacíos, fueron bajando por la escalera. Después de una breve revisión te esperaba Marc, un viejo amigo de Agustín. Te llevó a una agradable buhardilla. Después a extenuantes caminatas por la ciudad. El francés se fue haciendo familiar y también la vida que te estaba resultando excitante.

La gente en París está sentada ante una mesa, esperando a que suceda algo. Tras la vidriera del Select del Boulevard de Montparnasse esperan el acontecimiento que surgirá ineludiblemente. Ahí están todos, esperan

que un hombre con barbas o un bigotón, o que una vieja con abrigo de piel de conejo y gorra bordada penetre en la puerta de doble cristal. Y ahí con un periódico o una revista, espían al peatón, mientras sorben una bebida, pretexto para tan saludable actividad. Comentan entre sonrisas cada uno de los personajes que aparecen en el espectáculo gratuito. No se han dado cuenta de que ellos también están en el espectáculo. Son las fieras del zoológico de cristal. Sí, los parroquianos parisienses son el espectáculo de los transeúntes. Estos son los dos lados del cristal: la acera y la mesa del café.

La historia de Alejandro puede comenzar en la Cité en París. Aquí, sobre este islote se fundó Lutetia. En eso se parece a la ciudad en que nació: México-Tenochtitlan, el ombligo del lago salado de la luna. La vida es insular, como Tultenco, Mixhuca y Tenochtitlan, donde los aztecas en su peregrinar encontraron el águila devorando una serpiente. Estos son los dos cimientos de su experiencia vital. El que fue y el que conoció aquí. Ambos diferentes entre sí. Una de sus primeras imágenes de París fue la Gare de Lyon. En esa estación de trenes ocuparía el dinero que tenía, en hablar a los quince números de amigos que por ahora no se encontraban en la ciudad, cargando esas maletas incómodas. Nadie le instruyó sobre la manera de viajar por el mundo, pero aprendería que es tirando las cosas por las carreteras y llevar sólo lo que se puede cargar sobre los hombros. Es el fin del verano. Después de salir de la cabina telefónica guarda el equipaje en una gaveta y gasta el último franco en comprar un plano. Se va caminando con su pequeña maleta agotado el sol. En principio con el plano en la

mano, se dará cuenta que se encontraba cerca la Bastilla. Pero cuando llegó ya la revolución francesa la había demolido y dejó esa columna como la del Paseo de la Reforma. Entró al Hôtel de Ville y a la calle Rivoli.

Lo recuerdas vestido con su chamarra de nylon color verde botella, pantalón vaquero, mocasines negros, camisa sucia y ojos verdes inyectados de impotencia, ojos que desesperan. ¿Te acuerdas cómo después empezaron a conocer París con ese venezolano César Augusto, con su boca grande, tiburonesca, cantando en el Metro: Happy day, it's a happy day, today is a happy day? Ahí desamparados, contristados, encontrándose con los negros tamborileros en el barrio latino. Cruzas el Petit Pont, junto a “les bouquinistes” que venden postales, grabados, litografías y carteles de la Ville de París. Saludas a la madame que sentada en su silla plegable, espera por algún cliente, generalmente un turista. Te sonrío con esa amabilidad, con ese amor de viejecita.

Era el tiempo de barba de días, sin saber que había llegado a morir en esta ciudad. Decía entusiasmado que en París podías beber sin gastar mucho. El alcohol en las farmacias era muy barato, lo mezclas con refresco y ya.

Le advertiste:

—¿Qué te pasa? ¡Eso es tomar veneno!

Los has invitado a comer al restaurante universitario de Mavillon. Antes pasaron por una tienda por dos botellas de vino argelino. Luego, todos están en el restaurante. Cinco francos por persona. Guido es el que los guía. Y en la entrada se han encontrado a esa argentina, que está ahí sin hablar, sólo mira —mira todo el

tiempo— con sus cabellos ondulados sin lavar, sin decir nada, buscando dar lástima; espera, sin pedir un franco, nada. Los invitados con sus charolas toman platos de arroz, charolas de carne, postre. Buscan un lugar. Guido siempre habla, porque quiere practicar su español, aunque lo habla pero en italiano. Él dice que es venezolano y los demás de la mesa dicen, qué bien. Ah, qué bien. Aunque todos saben que es sólo una forma discreta de ocultar la propia identidad.

Últimamente han andado por el barrio de Clichy, a los dos les ha dado un gusto enorme. Guido siempre sonriente. No cambia, es el mismo. Sin embargo, pudiste sentir su mirada de afecto, esa mirada brillante, bajo los cabellos lacios peinados a la Gardel. Con esa rara y espontánea forma de mirarte y decirte en silencio: caro fratello, ¿verdad que no estamos solos aquí en la tierra? Buscarán a Alex, creyendo que se le pasaría lo borracho y no lo encontrarán. Se irán a dar vueltas por la ciudad donde no hay nadie que los conozca. Y se quedarán afuera de París, ladrando como perros.

Alejandro no tiene la llave de una puerta, ni de un ataúd, ni dónde caerse muerto. Está en otra parte, en las calles de una ciudad de oro. No puede estar aquí. El recuerdo lo llenaría de imágenes, la memoria de palabras. Sueña con personas de ningún lado. No hace planes que nunca realizará, no hace alforja para el camino, no cree en el vacío del futuro, no está comprometido con nada. Las tormentas se detienen en su rostro. Camina con su maleta colgando al brazo y sus pensamientos están guiados por Fulcanelli. Está en el barrio latino, de la Sorbona con sus estudiantes. Gente como él con un franco en la

bolsa, lo economizan para comprar una baguette. Que no tienen ni siquiera para pagar el Metro, se meten por los pasos contrarios de las salidas para evadir el pago, comen cualquier cosa y trabajan todo el día, y como dice Emily: corremos por nada.

Notre Dame lo hace sentir que en verdad está en París. En sus muros se comprende lo secreto. Estar a los pies de esa gran mujer de piedra dando a luz: la catedral argótica. Ahora no sabe por cual puerta entrar. Tiene las dos de los lados, porque la puerta central o del Juicio está cerrada. En el pilar que divide en dos el umbral, está grabada la alquimia. La puerta de la izquierda la de los signos del horóscopo y de los meses, la derecha con la virgen y el niño. Pero no quiere entrar esta vez. Está tan nublado. Y se queda afuera contando los reyes de Notre Dame. Uno, dos, tres... veintiocho. En la base de las torres, las gárgolas fantasmagóricas observan París, las palomas buscan el migajón de cada día. ¿A dónde ir? Al Metro de nuevo, a tomar otra línea y seguir hasta llegar a un bar de esos que están abiertos toda la noche y encuentre a su mejor amigo. Ahí, frente a él, en ese espejo frente a la barra, riéndose con él mismo. ¿De quién más? Ese que no tiene casa como él, que le acompañe en esas largas horas. Que no tiene lugar para dormir como él. Y en este vagón del Metro, va sentado tocando una melodía con su armónica. Se pregunta, ¿cómo ha de estar el tiempo allá afuera? Debe ser el invierno. Quien viaja sin camino no mira a ninguna parte. No es como el tranvía ovárico de Henry Miller ni el de Tennessee Williams, llamado deseo, ni tampoco la novela del tranvía del Duque Job, que recorría como una

miniatura arca de Noé la Ciudad de México. Esa ciudad no comenzaba en el Palacio Nacional, ni terminaba en la calzada de la Reforma. Era una gran tortuga que extendía sus patas dislocadas a los cuatro puntos cardinales, hundiéndose en el fango de los suburbios.

En la Belle Epoque, Guimard le hizo puertas de color verde al metropolitano, con forma de frijol en la barandilla perimetral y un pabellón cerrado en forma de abanico de hierro y vidrio para bajar al subterráneo de la capital del mundo. Esta ciudad de los Galousies y las Gitanes, cigarros de tabaco oscuro importado de países africanos y antillanos, bajo el yugo de este imperio para fumarse en este nudo del mundo.

Este teatro de prisioneros de la Ciudad Luz, del zigzagante y cambiante panorama de la vida. De rostros de piedra que miran con los ojos perdidos y las comisuras de los labios para abajo, que recorren como hormigas las galerías en ese perpetuo estado de ánimo plano. París es un oasis de escenografía que mira pasar caravanas de desconsolados beduinos, rostros trashumantes que se diluyen con personajes pétreos y los fantasmas esculturales fijados por la arquitectura neoclásica. Seriedad rigurosa sólo rota con vino, para expresar esta locura sin límites, sin lograr alcanzar una sonrisa cálida... verdadera. Sonreír simple y únicamente los anuncios publicitarios del Metropolitano, ella sonríe bajo la leyenda: "Hace creer que usted no lleva nada". Y se levanta el suéter para mostrar sus pequeños senos tras la transparencia del sostén, sonríe con quietud, con la dulzura de la Gioconda. *Escándalo 186: La pequeña nada que sostiene bien*. Y de viaje en esta luciérnaga mecánica, esa sonrisa

vale por todos los habitantes de la ciudad: ¡parisinos del tiempo gris, estamos condenados a vivir sin reír... en esta pequeña nada!

Una ciudad cortada a la mitad por el Sena, un río de aguas verdes y que no tiene suficiente agua para terminar con ese aroma agrio impregnado en la piel y a la ropa, ese otro olor de orines añejos en puertas y escaleras o en los cuartos de hoteles de veinticinco francos. Cuando se camina solo en París y no se tiene dónde ir. Cuando no se tiene un pequeño sitio en dónde dormir, un lugar dónde descansar, nuestra alma es el mejor lugar que Dios nos ofrece. Y tenemos qué cantar para que no nos mate la melancolía, para que no nos revuelva entre sus manos un torbellino, un ciclón, una mala idea devastadora. Dice Banville y yo me adhiero: “París es abominable y delicioso”.

Entraste al Petit Bar que está cerca del Polly Maggoo. Te encuentras con Antonio de Portugal, te preguntó por Alejandro. Ninguno lo ha visto. Faltaba poco para conocer la verdad, que esa noche Alex pereció envenenado de alcohol, recargado en el quicio de la puerta en la Quai del Petit Pont.

Vino Alan al bar, te miró y un tanto turbado lanzó la noticia de pronto. Alex murió en San Michel de una congestión alcohólica. No pudiste expresar el dolor que te embargaba, de absoluta pena y culpabilidad. Te encerraste en tu corazón, en tu propio cuarto oscuro para llorar por ti.

Luego llegan dos policías vestidos de civil, con el camuflaje de la gabardina y demasiado serios. Los agentes secretos son iguales en todas partes. Le muestran

al cantinero la foto de una muchacha extraviada, le preguntan a los más asiduos al bar. Les preguntan a ustedes. Observas la foto, le encuentras parecido entre Nataly Wood a Margarita Flouchaire. Se la pasas a Antonio, hace un gesto negativo. Das un sorbo al panaché, que es cerveza con soda de limón. Se te sube hasta el penacho. Pensar que toda tu vida habías tomado la cerveza amarga. Seleccionas en la sinfonola *Just Like a Woman*, de Bob Dylan y vuelves a lo tradicional, cuando pides una cerveza sin soda. Surgen los temas del día, el golpe de estado en Chile y la guerra del medio oriente. Volteas hacia la calle, esperas encontrar al que nunca viene y que hoy seguramente no vendrá.

Te vas por Saint Michel y pasas frente a la librería Joseph Gibert. Cerca de la calle Huchette te sientas en esa banca, ahora que es temprano, porque más tarde habrá un *clochard* ocupándola. Observas en la transparencia del día frío el movimiento, esos rostros pálidos, esos cabellos alborotados, esa mirada perdida, esa melancolía, ese rostro infeliz y el mismo tono puede seguir la tarde completa. Sólo una hoja zigzagueante corta tu búsqueda. Apenas ha caído, un perro y su hombre avanzan jaloneándose. Otro hombre se arregla la solapa color marfil, una botella de vino se expresa en una media sonrisa, notas esos ojos notoriamente tristes. Es necesario que des un profundo respiro para ser ajeno a todo esto. Y para ver ese despreocupado caminar de una pareja. Deseas componer una canción, musitas: Saint Michel, Saint Michel sólo yo te puedo comprender. Y en eso viene un joven mordisqueando agresivamente un trozo de pan. Te mira y vuelve a morder, como queriéndote engullir con

su hambre. Luego, te fascinas con el candor de esa muchacha, que hace gestos y sonrisas a su paso. Observas y respiras profundamente. Porque Saint Michel es todos los estados de ánimo y el otoño es como te lo contaron en la pequeña escuela. Los árboles dejan caer sus hojas y la gente su expresión.

Un clochard en el café Cluny, te pide un franco, pero no tienes. Tu billete de más bajo valor es uno de diez francos. Él es irritante, no es un clochard simpático sino un viejo teporocho pero a la francesa. Le dices que estás pobre. Entonces, él toma una moneda de veinte centavos y la pone en tu hombro, mientras te dice: un pobre ayuda a otro pobre. Te encuentras rodeado de transeúntes que ríen de la respuesta del viejo. También te ríes, tomas el billete de diez francos y se lo das. Todos ríen contigo. Tomas la moneda de veinte centavos. La giras en el aire y repites esas palabras: un pobre ayuda a otro pobre. Despides al sabio miserable, que se marcha satisfecho. Va al fondo de la barra y pide algo, pero le niegan el servicio.

Mejor se van caminando juntos fumando Gitanes y riendo cuesta abajo. Te pregunta de dónde vienes. Le dices que de México. Traduces de Mexique. Alors —te dice él— vous etés Mecsicón. Captas su argot y le respondes. Je suis mexicain pa mecsicón. Vulgo traducción: soy mexicano no pendejo, y abre la boca con una risotada contagiosa. Llegan a la loma de Santa Genoveva, la santa patrona de la ciudad. Mientras, arriban a la plaza Maubert charlan sobre el esfuerzo. Te dice: ¿para qué salir a trabajar en una ciudad como ésta donde te ofrecen todo gratis?, no recuerdo haber trabajado por mi propia voluntad. No se me ocurre pensar en el mundo burgués

como algo en que deba esforzarme para seguirlo, menos en un país como el tuyo. He visto qué han hecho con sus estudiantes. ¡Merda, merdae, et merdum! Los militares sudamericanos son unos fascistas.

Entonces replicas: México no está en sudamérica sino en norteamérica.

En Francia todo mundo sabe que México está en sudamérica, tú que vienes de allá no lo sabes. Por algo vienen a estudiar muchos latinoamericanos a París, para aprender de dónde vienen. Y aquí aprenden que los gobernantes de su país son unos fascistas de mierda.

Cruzamos por San Germain y San Jacques, luego a San Severin. Entramos a un pequeño lugar llamado Ali Baba a comprar unas tortas de bacalao, con sus chiles largos y unos dulces tunecinos, con dos té de menta. Luego, los pasos nos orientaron a la fuente de San Michel, que con la espada en alto derrotaba al ángel perverso. La placa conmemorativa dedica ese monumento a los soldados muertos en 1944. El cansancio, reflejaba nuestro vacío interior.

En torno a ella los jóvenes de ambos sexos y de diferentes nacionalidades se arremolinan. Un grupo de tres comparten una botella de vino a la que consumen a tragos, junto con unas mordidas al baguette que untan con queso camembert que toman de su cajita de madera. Todavía tenía un poco de ánimo para jugar. ¿Con quién te identificas Michel? Y levantaba el brazo simulando llevar la espada del arcángel.

Y entonces pensaba, con quién realmente me identifico. Porque cuando entregue mi alma, no tendré ninguna duda. Como en el portal central de Notre Dame, del

juicio final, los diablos y los ángeles separarán a los buenos y a los malos. Así se enjuicia la preferencia a hacer el bien o el mal. En las francachelas no me pongo a pensar en el pecado. En que los diablos me estén atando con cadenas. Sólo participo en la felicidad de los idiotas. En la embriaguez que se justifica por el aprendizaje de la vida, de la carne y del mundo. Cuando estoy con una mujer, no me atrevo a pensar en el pecado de la fornicación. Ni que quien se junta con una prostituta es uno con ella.

Como en Sodoma, la apariencia de tu rostro testimonia tu pecado, no lo disimula. Eres carnal vendido al pecado, miserable de ti. ¿Quién te libraré de ese cuerpo de muerte? Y regreso a una pregunta clave: ¿qué ganancia encuentras desde este lado de la tumba?

La segunda vez lo habías encontrado en la calle Mouffetard cerca de la plaza Contraescarpe, en ese momento cantaba una canción con otros campaneros. Tu dependencia al tabaco se hacía menos específica. Anteriormente sólo te daban ganas de fumar en momentos de tensión, después ya no hacían falta los pretextos. Y así, cuando caminabas subiendo la Rue Mouffetard, buscaste dentro de la bolsa del saco una cajetilla de Galousies. La sacaste pero no tenías uno solo. Miraste el color azul añil de la cajetilla que se anudaba en tu puño, crispando el papel con un sonido casi imperceptible, pero no para Michel que seguía cómo arrugabas las letras y el dibujo de esas alitas mercuriales. Sacó rápidamente un cigarro y te lo dio con sus manos sucias. Lo llevaste a tus labios, sin reparar en la falta de higiene del donador, agradeciste su oportuna intervención con unas gracias un tanto impersonales. Durante los siguientes días, era común encontrarte

al clochard acompañado por sus compinches por la Rue Descartes, frente a la Escuela Politécnica, en la fuente de la cerca y grifo con cabeza de león. Ahí sonreía con esos ojos vivaces, jugando con el agua que salía de las fauces del león, haciendo bucheros y esparciéndola sobre la cerca de hierro.

Los tiempos se alargan en los recuerdos, en la absoluta nada donde viven todas las estaciones del año, allá donde la libertad es una vivencia permanente, donde la negación no existe. Cerrado en ti mismo, apartado de todos como una sombra nocturna, con los pensamientos en un círculo infinito. Buscando la claridad en los lugares y las personas. Abriendo todos los compartimientos del ser, sin descubrir ni gnomos ni gremlins, sino en un vagabundo que se va con su música a sus tesoros perdidos. Te descubres en él, entre millones de gentes de esta ciudad, de este mundo, igualmente persiguiendo tu sombra que se alarga por la calle. Te llaman el caminante de la noche. ¡Eres el hombre nunca visto!

Un día encontraste al alquimista de Notre Dame de París en medio de una corte de quimeras, los obreros labraron su escultura para dejar constancia del valor de su maestro que había diseñado la catedral y no pudo ver su obra terminada. Ellos eran invisibles para sus contemporáneos, nadie reparaba en que hacían su trabajo de forma anónima, sin que nadie los viera, con la certeza que tardaría siglos culminar la catedral y que tampoco la verían terminada. Trabajaban *ad maiorem dei gloriam*, “para mayor gloria de Dios”. Seguros que Dios como omnisciente que es, Él vería... su obra.

Hoy estás en la Rue Monge. El sol parpadea por momentos tras las nubes y sin saberlo estarás llegando al encuentro cuando las palabras se están llenando de amor, con la aparición de los primeros borrachos de la noche y las parejas que van al cine o los amigos que se encuentran en una cafetería y las tiendas llenas de gente, cuando esos parisienses vistan gruesos abrigos contra el viento helado. *She's not a girl who misses much...* piensas en Esrail pero te encontrarás a Ariana y sigues caminando hacia el final de la calle... el tiempo sigue siendo la medida del recuerdo... la puedes imaginar en un campo de rosas, envuelta en sus sonrisas, tras las mariposas hacia la floresta.

Algo más que agua y tierra modelada. Más que la oquedad vacía, la señal del instante, la huella del pie por la calle misteriosa, la luna color de mandarina, de los árboles morados y de sus pesadas sombras, tranquilas en las piedras, en los momentos de las noches azules.

Es retornar a las viejas callejas. Sus ojos son un signo, como una margarita. Son las aspas de un rehilete o cualquier cosa que vibra y gira con el viento, luces titilantes de luciérnagas. Son el color de las nubes de las seis y cinco al oriente, de la lluvia que se escurre por los vidrios de los ventanales. Son los labios que acarician el aire que gira alrededor de la calle de los soles donde ella tiene su refugio. La calle del sol naranja que alarga las sombras hasta calcinarlas, la calle bajo su aura de fuego, de la esfera de colores.

Es más que un hallazgo inesperado. Es la presencia de Ariana. Es el retorno a su calle, del respirar el aire, de vagar con su imagen por la noche. Escribir que es

como caminar, conversar bajo los días de soles naranja y las noches de luna color de mandarina.

Pero lo que merece contarse y por eso me he detenido aquí, fue lo que sucedió en Montmartre, en esa habitación al fondo del jardín. La miras por encima de las flamas de las velas. Ahora está inclinada con unas tijeras en mano, recortando una fotografía, entre un desorden de revistas, periódicos, libros y discos. Está tendida en el piso, recortando del *Journal de France*, del *Paris Match*, las fotos de Úrsula Andress, Jean Paul Belmondo, Raquel Welch, Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Claudia Cardinale, Catherine Deneuve y de las maniqués de las páginas del *Vogue*, que después ha ido pegando en la blanca pared.

Entusiasmada con la chispeante alegría de Coca Cola... es lo que a él se le ocurría, cuando ella recortaba a un hippie lleno de flores y sueños. Y al ponerle pegamento en el reverso de una flor, estaban sobre las letras blancas las burbujas efervescentes sobre el color verde-ámbar de la botella-líquido-papel con forma de flor y el eterno anuncio silbando dentro de la memoria con su tonada inescapable. Ella lo fija a la pared con una caricia. Ahí, junto a Verushka, junto la iglesia de Tlatelolco y unos niños palestinos. Todos siendo parte de un gran collage. Ese cuadro que representaba a todos nosotros, los que se negaban a olvidar. Está vestida con una blusa blanca y unos pantaloncitos azules que cubren el cuerpo esbelto de una mujer que se siente amada. Se recuesta contigo, su rostro se funde con el fuego, la nieve de enero dentro de sus ojos y el perfil fijado en la luz. Su larga cabellera flota junto al humo del tabaco. Simula dormir con su actitud

risueña, en silencio, los ojos abandonados al trasluz de la seda.

Una palabra, una sonrisa, la música, los árboles y las luces de una ciudad no fundada se ven a lo lejos. Los poemas, el encaje blanco, las largas pausas, el reflejo de la luz en su mirada, las yemas de los dedos que piden permiso para tocar, de modo que sea una eterna caricia. Estoy cantando una canción en la ribera del Sena. Cierro los ojos y acaricio la pared para convencerme si los recortes, la flor y el rostro del daguerrotipo que forman el presente. Oigo su voz y ella está aquí en mi ser interno, descubre mis ojos en la luz verde de los sueños, donde su alma y la mía buscan desde tiempos ancestrales fundirse con la energía de millones de soles que vibran en una experiencia de amor.

Pensar, siempre pensar en este excitante mundo de signos. Imaginar lo que fue, dentro de esta andanza por los cajoncitos del ropero. Reconstruir lo irreal de las cosas recurrentes que han pasado, perseguir lo mágico, convocando tiempos continuos que se han detenido. Tomar todos los hilos y jalar de un tirón de la madeja. Ahora mismo jalar los hilos del ayer, de vuelta vivir el vacío explicable que tienen las palabras. Recrear el diario encontrado, ese hallar entre líneas uniendo imaginariamente los pedacitos, rompiendo el silencio que lo envuelve a través de los años, de la oscuridad que se interpone insistente, del impulso perdido. Ella vive en un sueño, en las notas de una canción... estaba recostada, su rostro confundido con el fuego, la nieve de enero dentro de sus ojos y el perfil fijado en la luz.

Ariana es una mujer heredera de los conceptos de liberación, una de las estudiantes que hicieron y mantuvieron las barricadas en el París de los años sesenta y ocho. Guarda aún una piedra del adoquín de la Rue Gay Lussac como símbolo de mantenerse fiel a la lucha generacional por la democratización de Francia. Ella es contestataria no sólo en cuanto llevar a cualquier elemento cultural a un aspecto político sino al máximo. Como fotografía personal tiene una que apareció en la edición de Life. Ella con la bandera roja de Vietnam en uno los mítines, pero dónde no va hacer notoria. Siempre se le encuentra en todos los eventos y manifestaciones izquierdistas, coreando himnos revolucionarios, en la organización de alguna actividad política en la Sorbona. Presentó la soutenance de la memoire de troisième cycle sous la direction de M. Alain Touraine.

Ariana se acerca a la mesa mientras revisas unas fotos de Palatino. Coloca flores frente a ti, dejas caer las manos bajo el asiento y los hombros y la cabeza hacia atrás para exclamar: ¡por fin!, Roma y sus ruinas van a dar a una pequeña mesa. Viene tarareando algo, siempre tararea las canciones, las únicas que en verdad canta son las de Georges Brassens, Léo Ferré y las de Moustaki y una que otra de las que cantaba Edith Piaf. Le fastidia Mirelle Mathieu y Silvie Vartan. Su ropa son diez cosas y nada más, que combina con veinte pañoletas y quince colores de ropa interior. Sus perfumes favoritos son Chanel, Guerlain y Misterio de Rochas. Lo que más le gusta es salir los viernes por la noche con amigos y regresar por ti después y estar juntos en esta casa de Montmartre por el resto de la semana.

El lunes se torna independiente como un gato. Va a su escuela, lee algún libro, prepara la materia que coordina como profesora en la licenciatura en la misma universidad. Escribe un artículo para el periódico del Partido Comunista: *L'Humanité* o *Liberation* y va a tu departamento a comer. A veces prepara la comida a las prisas, te da un beso, olvida siempre un paraguas o la llave del auto. Como siempre regresa, te pone al tanto de otras cosas o bien se ponen de acuerdo para hacer algo juntos por la tarde. Después de media hora, se comunica para asegurarse de que no te vayas a dormir, que no se te olvide cuidar al Mariscal Bazaine, el gato, te recuerda que debes leer un libro que quiere comentar contigo.

Dios dijo: hágase la luz y la luz se hizo. Pero desde la fotografía me atrevo a pensar que en realidad él dijo: hágase la imagen. Y todo el universo fue hecho con gran hermosura. En las fotos hay una constante, la luz. Pero la luz no podría expresarse si no hubiera oscuridad. En la poesía lo interesante es decir lo indecible. Aunque podemos hablar en silencio. En ambas tradiciones de imágenes y significado es revelada su riqueza implícita, como la noche y un nuevo día. Ah, este rodeo es para decirles que Ariana y yo vivimos en dos casas, ¿por qué dónde meteríamos su biblioteca y yo mi estudio y el cuarto oscuro?

A veces cuando escuchas la música que te gusta, la moderna, ella se aturde un poco, luego buscan algo neutral, por ejemplo Vivaldi, generalmente están de acuerdo con la música sudamericana. La mexicana no la soporta sino en guitarra o sólo la tropical. Para Ariana todo es política. Cantar y bailar para ella no es simplemente una

manifestación cultural o una alegría, es más que eso, es un acto político. Divertirse es un goce del espíritu. Ella explica: canto y bailo cuando soy feliz, y cuando soy feliz es porque me siento plena, cuando he realizado la pequeña parte que me toca hacer por los demás. En definitiva, lucho porque la gente sea feliz. La felicidad es el hecho político más importante para el ser humano. Y se va al otro lado de la habitación y busca el disco de Ferrat y lo coloca en la tornamesa. La miras entre los carteles del Che Guevara y Carlos Marx, a Zapata lo tiene en la recámara porque dice que te pareces a él.

Era un arcón con música de La Vie en Rose. Un cajoncito con llave, con música del país de los puentes, el que tenía Ariana en sus manos cuando la vi, o él la vio reflejada en uno de los espejos. Estaba de pie, con esa expresión serena, con esa forma de ser que llenaba de paz el lugar donde se encontraba. Encendiendo un cerillo, una pajuela de incienso, un puñito de luz a la linterna, un poco de lumbre al fuego, que elevaba nubes que se deslizaban con lentitud hacia sus cabellos. No te vio, no tuvo oportunidad de darse cuenta de que guardabas uno de sus instantes en la película de tu cámara fotográfica. Esa memoria que ubicó su faz dentro de ese material transparente. Y ella dentro del lente, viajando en el interior del visor, en el cuadro de la puerta. Él se va acercando y enfoca el telefoto. Un clic tras otro, el rollo entero. Estaba de frente, muy de cerca, entonces enfoca por última vez su rostro. El brillo de sus ojos dentro del visor, en ese mundo de cristal. Un clic más. Y ella siente una cosquilla en el vientre. Al descubrirte una expresión de

asombro y luego una sonrisa, una mirada, un sol en una placa. La imagen del rostro que se hallaría en el ropero.

Reirían los dos en el cuarto de los espejos, se abrazarían y darían vueltas por toda la habitación. Después, la tarde transcurriría sobre la alfombra. Sus ojos se miran felices entre los aromas de lociones y flores. La plenitud será excelencia al beber esa infusión que ella había preparado. Cuando tú lo estés bebiendo, sentirás su mirada escrutadora... esos ojos que siguen cada uno de sus movimientos. Hincados sobre la alfombra, sus ojos se miran felices. Besabas la lluvia de sus ojos amorosos. Toman una rosa y se acarician con los pétalos y las espinas, diciendo: la vida es pétalos algunas veces y otras espinas. Parece un hermoso jardín. Ella con su piel rosada de porcelana, es una sacerdotisa del amor, participa con sus caricias en esa fiesta de verano. El viento penetra por la ventana, junto aquel lucero y la luna que empalidece su silueta. Todo se aclaró. Aparecen las flores en el silencio de todos los miles de años, con sus aromas y sabores. Se escucha la música del arconcito. Son los sonidos de campanas de cristal, como una larga tonada, encerrada en un recipiente tubular que espera desencadenarse una tarde de julio, esa tarde que anochecerá sin sentir el cambio de los tonos violetas a los índigos, en ese refugio de la larga calle de los soles, donde aquel cuarto de los espejos se reproduce infinitamente.

Lo que nuestros sentidos registran son los tiempos pretéritos. Nuestra conciencia del presente evidentemente es del pasado. Así como vemos estrellas que ya no existen, leemos palabras que son relámpagos pretéritos. Usted ha sintonizado con mi estación emisora en frecuencia del

futuro. Al sintonizar conmigo, se convierte en mi contemporáneo. El texto es un canal para el binomio: escritor-lector. Siempre los humanos vivimos en un ayer, por muy cercano, pero siempre un ayer.

La ves pisando estrellas en los charcos de la calle. En la lluvia y en los truenos por la Rue de Clef, por la Grande Mosquée, por las viejas calles pisando estrobos-lights, por el callejón del verano. Es extraña mirarla con la luz cegadora de un rayo. Primero ves su rostro, siempre terso como un durazno, su carita húmeda, después desaparece en la oscuridad. Luego miras sus ojos y toda ella se transfigura.

Un día en la Galería del Juego de Palma, estaba la pintura de Edouard Manet, *Le Bain o Le déjeuner sur l'herbe*. Ella y él tratan de esquivar las cabezas de siete u ocho espectadores, los personajes soportan estoicamente las miradas de todos. La muchacha desnuda miraba a él que se había colocado del lado izquierdo en el marco de la puerta. Manet observaba a ella que se ubicó a la derecha. En un momento, cambio en las posiciones de todos, con el incremento de nuevos espectadores que se habían instalado en la convergencia de las miradas. Él y ella buscaban un nuevo punto de observación, pero era difícil, la gente se interponía entre ellos y la pintura.

—No, mejor vamos arriba para ver cómo se dan la mano la psicosis con la epilepsia. Además, la gente en cantidades industriales es más impresionista que todos estos cuadros. Y separándose de una caravana de turistas que exclaman al descubrir que es verdad, todavía existe el mundo europeo. A cada momento viven elementos de la cultura europea, a costa de una agonía.

Subiendo las escaleras él le expresa a ella su concepción de ese momento estético:

—Cada día estoy más convencido que la pintura, la literatura, el cine y la gente penetran más hondamente al mundo onírico, con todo y lo real que implica realizarlo, abren las puertas a imágenes y no razones de espejos de la realidad, eso es lo concreto, ahí reside el valor profundo de las cosas. La fascinación es el refugio de los seres dormidos, que están sobre la butaca participando en el gran teatro de la tragedia, el drama, la comedia, la farsa, el burlesque. Se asombran, reflexionan y con su pasividad participan y pasean por el escenario y no faltan momentos en que la butaca se les monta. Observan alrededor, el guardia en que nadie repara, que está bastante divertido de ver ir y venir de gente y nosotros con él. Ser participante es gozar nuestra propia autonomía, observar esos rostros, anidarse un instante en cada una de sus expresiones de estas tribus de turistas que inundan París y Europa, encantados por los cuadros, cuando ellos son las imágenes, el film y el video, la literatura.

—Mira al turista con su barba de cuatro días y color verde Van Gogh, bajando y subiendo la ceja a cada tela, o la vieja de los tonos rosados renuarecos, aquella del abrigo de pieles acercando la retina para ver el pincelazo o convencerse de que es la litografía que tiene en casa.

—Sí, este edificio pleno de cuadros que en su tiempo chocaron al público que exigía la pincelada suave, digamos fotográfica, llegaron a formar otro concepto de visión, un estilo que fue haciéndose aceptable para el gusto público.

Esa belleza cambiante que el arte plasma con el tiempo, ahora están aquí como un juego, para que nos acerquemos y nos alejemos, vayamos arriba y abajo, o integremos la imagen con los nuevos elementos, por ejemplo: no es un cuadro único éste, ver cómo sale de entre la canasta de frutas verdes ese turista con su cámara instamatic. O integremos otra imagen, cerrando un ojo y pensando en darle una nueva dimensión, servirte de ella como una mancha de tinta del psiquiatra Rorcharch, un test impresionista.

Entrando a la sala de los gauguines los cuadros se presentan como los destellos de las luces románticas, que hicieran pensar en el regreso a la naturaleza. Como cuando los impresionistas que intentaban escapar con el Art Nouveau, eran testigos de la idea de que el dinero y el mundo son malos. Y un día viene a París el ingeniero Eiffel con su torre amenazante con forma de lanza para terminarle de quitar el olor de establo. Paul Gauguin no pensaba que París fuera un pueblo de campesinos, aunque odiaba el olor de las tabernas, de los vagos y malvivientes de la place Tertre de Montmartre. Por eso se largó lejos de París.

Ella se relaja, de pronto exclama: ¡Mira unas manzanas!, hasta parecen de verdad. Mi abuela decía que con una manzana diaria alejas al médico. Él la imaginó por un momento vestida de boticaria del siglo dieciocho al igual que su abuela, ambas con cuchillo en mano, haciendo virutas con la cáscara amarilla, con sus libros en latín, matraces, frascos de porcelana y morteros, dedicadas a estudiar los herbarios pintados con la minucia de un pintor flamenco, curando humores en los pacientes.

Con cierto estupor, alzó la ceja para escuchar algo, pero ella no comentó nada. Y él agregó: ya me imagino a ti y a tu abuela recetando manzanas a medio mundo para terminar con las enfermedades, pasándose por el arco del triunfo a todas las facultades de medicina y hospitales de París.

La casa de Ariana surge, se reinventa con ligereza. A tiro de piedra está ese lugar del desayuno sobre la hierba que pintaba Manet. Ella prepara algo de comer, ha puesto espagueti, agua y sal en una pequeña cacerola sobre la estufa. Pone el reloj mientras busca aceitunas en la alacena, toma una lata de chicharos y tararea Dangling Conversation, acompañando a Joan Baez. Es un domingo de noviembre en ese Parouart o Paname, ese París lleno de objetos preciosos, objetos de la orilla izquierda del río Sena, la zona de los encuentros, de la música de los Beatles, los Rolling Stones, Bob Dylan, Jimmy Hendrix, Santana, Pink Floyd y Janis Joplin, de la poderosa erudición grecolatina de los muchachos de la Sorbona, los que han dejado las aulas por las cafeterías para inundar las mesas de política. Teorías para cambiar el mundo en tres tiempos, ciencias sociales aplicables en mundos estratosféricos, educación sexual, literatura, cine, todo dentro del más absoluto desenfado, golpeando tazas, platos, cucharas y mesas. Ariana ha terminado de preparar la ensalada y el espagueti, en la mesa está el plato con quesos, una baguette y una botella de vino rosa.

Y te descubres creyendo en el destino, en sus encuentros insólitos. En la luz de los faroles que proyectan sombras tomadas de las manos. En sus ojos de piedritas de

colores. Están en el silencio, junto al fuego, acompañando a las golondrinas que cruzan en gran número hacia el sur, en la nube que penetra por la ventana. Escuchas su voz y descubres sus ojos en la luz verde de los sueños.

Esos días de septiembre estaban en plena efervescencia política por la muerte de Salvador Allende y Pablo Neruda y toda la situación difícil de Chile y los chilenos. Todo cayó como un balde de agua fría. *L'Monde* mostraba las primeras noticias del golpe, el bombarzo en el Palacio de la Moneda. Raymundo había llegado tres meses antes y brevemente les dibujaba la situación política de su país, pero después del trece de septiembre requerían estar bien informados por los noticieros de radio y televisión, periódicos y revistas. Los latinos se reunían muy seguido en la zona de Odeón, en la Scale o en la L'Étape, sobre todo en el Morvan. Los viejos tupamaros dejaron de emborracharse para analizar la situación, aunque en honor de la verdad, lo que hicieron fue beber con una emoción definida. La vida latinoamericana en lo político, social, cultural y sentimental se podía ver perfectamente desde el Carrefour del Odeón. Fueron llegando después los exilados, primero decenas, luego cientos, miles. Y comenzaron a ver las películas sobre el Golpe que se habían sacado clandestinamente de Chile. También encontraron documentales cubanos sobre Salvador Allende, de cómo se fue preparando la intriga, la contrarrevolución con los asesores que fortalecían las filas de los grupos cacerolistas. La voz patriótica de Víctor Jara resonaba en el fondo de toda esa masacre en el estadio. A Víctor lo recuerdas en Ciudad Universitaria en la Ciudad de México, junto a Inti Ilimani, con sus ponchos negros

como cuervos. Después fue vivir esa tristeza: *Te recuerdo Amanda, la calle mojada, corriendo a la fábrica donde trabajaba Manuel. Son cinco minutos, la vida es eterna en cinco minutos...* Y volvías a los documentales de los tupamaros. Jorge Semprum escribiría el guión y Costa Gavras lo filmaría en Roma con exilados chilenos. Cuando el asesor policiaco Dan Mitrione es detenido, juzgado, sentenciado y muerto por los tupamaros. Los viejos tupamaros van a los bares parisinos a recordar-beber el acontecimiento y también los viejos exilados chilenos beben en los bares cerca de Cine Citta, para recordar la filmación y al tribunal Bertrand Russell II que condenó los crímenes pinochetistas.

Ariana dice que en las calles de París hay una frase sagrada: *Defense D'afficher*, prohibido anunciar, es *perrenne*. Me dice que es la ley que prohíbe anunciar en las paredes desde el año de 1881. Esa ley fue dictada después de la derrota de los más pobres del mundo, los de la Comuna de París. A la revolución francesa, tanta guerra la había estancado, se aburguesó más con el imperio de Napoleón III. Francia copió a México el método de degradar a la nación. Esa prohibición quitaba el miedo de un levantamiento de los trabajadores. Ese ordenamiento dejó de ser respetado por los estudiantes en 1968. Nada valió creer que una ley tan antigua mereciera el respeto y la devoción de los estudiantes parisienses.

Los muros comenzarían a hablar. En una pared de la Sorbonne decía: *Prohibido, prohibir*. Otro: *La imaginación al poder*. Otras frases conjuraban la antinomia filosófica entre Heráclito y Parménides, el cambio frente la permanencia. Socialismo y Libertad. Las paredes dicen

frases cortas de una filosofía emergente de audaces grafiteros, que expresaban una manera de sentir, de pensar y de vivir. Esa forma de sentir, de pensar y de vivir iba al contrario de las esferas de poder, la riqueza y el prestigio, las tres áreas extremas que mueve el interés humano. Los atisbos a la vida terrenal se visualizan en un espejo borroso, humeante. Todo es cuestión de percepción, de tonalidad e imaginación, de credibilidad y escepticismo. El que no enseña no vende, así la publicidad se llena de justificaciones de ser, de vivir en las mentes, en el espacio público, las ideas y productos abiertos al mercado, a las revistas, a los periódicos, a las marquesinas de las tiendas, a los túneles del metro. Así hasta la infinitud, muestra la cara, el cuerpo, la caja, el frasco que va a cumplir con los deseos de las multitudes que asechan cada cosa que se presenta en un anuncio publicitario. ¿Prohibir? Esa palabra no existe en la publicidad.

Una noche vas con Ariana a ver la película *La Tierra Prometida* del director chileno Miguel Littin, a una pequeña sala cerca de la Bastilla. En la pantalla, al principio del film, apareció un rostro conocido, Raymundo Olivetti, con una presencia de mago Mandrake y sus gestos hipnóticos. De inmediato recuerdas al Raymundo de un año atrás, con su sonrisa, su don de palabra y sus movimientos de manos que se valen solas para comunicar. Su aparición en la pantalla fue espectacular, subió a ese carruaje y se fue saludando apoteósicamente envuelto en una nube de polvo. Entonces le dices al oído a Ariana, entre los colores rosados de la pantalla y los gris azulados de las luces de proyección: ese es mi amigo Raymundo.

Después surgen otras imágenes y el film se fue haciendo algo personal.

Una semana después de aquel film y a un año de no estar cara a cara, desde aquel verano del setenta y tres, de julio y agosto, de las tardes tibias y los rostros alegres de los amigos comunes de aquellos tiempos, lo volviste a encontrar sin frac, sombrero de copa, carruaje y aquella estela de polvo. Ahí por la calle de Varennes, iba Raymundo y al verte saluda con efusividad. Luego propone ir a un café por Saint Germain. Cruzan por Grenelle y luego por San Peres. El lugar elegido era uno que para él era familiar: Café Le Flore. Aquí le gustaba venir a los pintores y escultores, Picasso, Ossip Zadkine y André Derain, y los escritores Guillaume Apollinaire con sus amigos Max Jacob, Louis Aragon y André Breton, a Georges Bataille, Ernest Hemingway, Truman Capote y Lawrence Durrell y Marguerite Duras. Jean Paul Sartre escribió *Durante cuatro años, los caminos del Flore fueron para mí los caminos de la libertad*, porque era un sitio que no frecuentaba el ejército nazi. Al entrar lo saludó un mesero y nos señaló una mesa. Raymundo le pidió dos cafés y dos coñacs, y dice: el africano, el portugués y el español, para el francés son corrientes. Ese dicho de la vaca española, muestra el trato despectivo hacia el inmigrante español, que es al que conocen. Pero de mala gana hago la comparación, es mucho más fina la francesa.

A la cultura occidental y su poderío histórico de imposición sobre otras culturas por la institucionalización de la crueldad y la impiedad como método. Para el punto de vista europeo, atrasadas. En fin, hermano, cuando se

plantea la destrucción del ser humano, se tiene que entender la decadencia y el inicio de una era oscura. Antes, el arte calificaba nuestro gusto por la belleza. Ahora es la manifestación grotesca de la condición humana y su fiel espejo.

Se veía en Raymundo su aclimatación a la atmósfera europea, cuando con cierto mimetismo estructuraba su mensaje: La comunicación es un fracaso, las formas artísticas son un panorama desolador, es algo grotesco pero real de un mundo incoherente. Y a imagen y semejanza, he terminado un film que contiene probablemente demasiada racionalización de la muerte, pero también demasiada inconsciencia. Un inconsciente oprimido que explota en manías y delirios, quizá locuras peligrosas, de alguna forma creo que es un reflejo de la cultura a la que pertenece, al lenguaje que lo expresa. La crítica dice que la película es testigo de la vida cotidiana occidental, como lo es el Op y el Pop. Observa esta apatía a tu alrededor, puede haber una imagen de belleza más desolada que la realidad. Mira a toda esta gente inútil, esta atmósfera dogmática, este racismo pertrechado en nacionalidades. La estrechez mental en la que nos encontramos, indica el declive de la gran cultura occidental.

A la mitad de la primera taza de café, empezamos a entrar a la película que fue haciéndose realidad. Dice Pablo Latapí: ¿Realidad? ¡Qué pobre es el término para concebir el universo! En fin, la existencia o aquello era algo como un sueño o una película. Era lo que sucedía pero en otro tiempo y espacio. En ese momento no lo comprendería, pero en efecto nosotros seríamos los personajes de la anécdota y el texto iba a ser el testimonio.

Desde nuestro encuentro en el barrio latino, después de vivir como gaviota durante todo ese verano. Ya en la casa de Francine o con Marc, pasó el tiempo, tú te fuiste, los otros también. Y llegó el frío, tuve que meterme a una buhardilla llena de mierda, ahora bastante cómoda. Un departamento maravilloso de una anciana aristócrata, también maravillosa. Estatuas, espejos, roperos, muebles de tienda de antigüedades. Piensa lo impensable y no podrías acercarte a todo aquello. Alfombras persas y turcas, cortinas de seda, los tapices que cubren las paredes son gobelinos, candelabros de plata, puertas de cedro labradas. Sí, imagina los detalles más bellos. Pero durante treinta años no se sacó basura de la noble vivienda. De la buhardilla se sacaron dos camiones de un material que había perdido sus condiciones originales, era una masa pétreo. Nadie se atrevía a sacar la mierda esa. Era un olor que mareaba. Tuve que contratar a esos marineros profesionales del servicio de recolección de basura. Refunfuñaron tanto que al final se les pagó casi el doble de lo pactado. Tenía una pestilencia fétida, como el hedor de los tumores malignos, o de muelas infectas. Aún peor, como el lodo podrido o de repugnantes vísceras agusanadas. Sacaron dos camiones de la buhardilla de un material que había perdido sus condiciones originales.

Centenares de ratas que con agudos chillidos recibieron la mudanza, salieron en tropel por las escaleras y se perdieron por la cañería. No me imagino a qué santo se habrá encomendado la condesa, vive como en el renacimiento, indiferente a la higiene. ¡Cuántas ratas que pudieron haber desatado la peste en París! En el siglo quince, el balance mortal, calculó veinticinco millones

de vidas en Europa, Asia menor y África. Los nefastos desastres fueron peor que todas las guerras. Amenazó con extinguir la vida humana y arruinó la vida económica. Caminaban entre la mierda de la vía pública, no tenían agua potable ni entubada, no contaban con cañerías para desaguar. Sus habitaciones carecían de luz y de aire. El aseo personal y doméstico era inusual. El encontrarme en pleno Renacimiento a un grupo de cineastas nos ha hecho concebir una historia que fue filmada. Esa película que no has visto es la divina tragedia de este tiempo. El film y el vivir en esa casa son parte de lo que he realizado y pasado. Esa es mi experiencia de un año a la fecha. No sé cómo me atrevo a mencionar esto en el Flore, aquí sería un espejismo. En el Poly Magoo sería natural como estar en pleno desierto del Sahara, donde hay gente capaz de imaginar una duna o un oasis, entre esta gente hasta los espejismos son imposibles. No están acostumbrados a imaginar cosas en condiciones extremas. Pero si quieres tú mismo lo verás, te espero el próximo sábado por la noche a la hora de cenar.

Apuntas sus datos en tu agenda y todavía piden una segunda taza de café y un coñac. Hablan de ti, de Ariana. Después piden la cuenta. Salen a una acera tumultuosa, con gente animada en las terrazas del restaurante Les Deux Magots, siguen por Saint-Germain-des-Prés, después de un largo silencio pasan por du Petit Prince, frente a ese texto que dice: *Defense d'afficher loi du 29 juillet 1881*, luego por la Rue Danton y en la cafetería que está abierta casi toda la noche frente a la fuente de Saint Michel, ahí precisamente sus caminos se bifurcan. Se despiden con un fuerte apretón de manos. Te vas despacio,

tapándote el viento que circulaba remolinando las hojas del pavimento. Raymundo hizo lo mismo con su gabardina color aceituna de algún ejército de la noche. Levanta las solapas y las cierra hacia el cuello para evitar se colara el aire otoñal de esa ciudad a la que rendían honor. Al torcer una esquina, agitan sus manos como si se saludasen en lugar de despedirse.

Es sábado por la tarde. Sales a tu cita con Raymundo. De las calles Lamark, Becquerel, St Vicent, Du Mont-Cenis, Cortot, Saint Rustique llegas a la Place du Tertre que se encontraba animada, con la gente admirando los cuadros en este jardín del arte, o allá adentro en los cafés. La gente camina en París y no hace otra cosa que seguir a los demás. Así que ese sábado te toca seguir de cerca a una pareja que camina por la calle de Azais hasta la Square Willette o Place Saint Pierre. Atrás de la plaza, dominando la ciudad, está la inmensa cúpula blanca de mármol de la basílica del Sagrado Corazón.

Pensaste en la subversión a los valores europeos, que culminó con esa lenta, secreta y fascinante corriente del sentimiento religioso, el exceso de la contrarreforma, la orientación de credos particulares. La transgresión al ritual cristiano con intensas repeticiones verbalistas, o de una iconografía del vía crucis, el rosario y el culto al Sagrado Corazón, que tendían a vencer la incredulidad. Con sus canónigos epicúreos con sus gorduras, borracheras, su ignorancia, supersticiones, blasfemias e idolatrías no lograban la fe sino el fanatismo. ¿Quién quiere hacer propaganda sobre los descarríos individuales o la bohemia clerical? ¿Quién puede oponerse a ese homenaje a la Virgen María de recitar ciento cincuenta aves marías y

quince padres nuestros? ¿Por qué no? Erigir una iglesia magnífica para un nuevo culto, apoyado en ideas, meditaciones, en prácticas nacionalistas, se agregan a los sentimientos y a las llagas rojas, el corazón radiante de espinas como el que se apareció a San Gregorio. ¿Cómo competir contra la existencia de reliquias como la Sábana Santa de los duques de Saboya, la corona de espinas de la Santa Capilla, las astillas de la cruz, los clavos? Ya no hay cruzadas que realizar, pero por ahí anda ese San Martín Caballero, como un esturión romano haciéndole al buen samaritano. ¿Qué hacer para destacar, para llamar la atención de los inconversos? Los impresores han reproducido tantas imágenes de las reliquias más extrañas, la sangre de San Genaro de Nápoles que se licua cada año. El asunto ha requerido audacia y esfuerzo, incluso no importan los medios sino los fines. Algunos hasta se preguntan: ¿dónde robarlas o cómo falsificarlas?

Van a ser las ocho cuando te acercas a la dirección que apuntaste en tu agenda. Caminas por la calle Médicis. El barandal del jardín de Luxemburgo muestra esa arboleda oscura. Del otro lado de la acera, está el edificio junto a la librería de Médicis con literatura esotérica. No cruzas la calle. Sigues caminando por la acera vacía del jardín. Ves el nombre en una placa: Place Edmond Rostandt. Era el edificio de la esquina con Saint Michel. Despacio llegas al portón, está abierto, una luz amarillenta cruza la hendidura de la hoja de una de las puertas. Entras a un amplio vestíbulo. Sigues adelante y hacia la derecha está la escalera. Subes rápidamente los cinco pisos en espiral. En la agenda está anotado: puerta izquierda. Aprietas el botón del timbre en dos ocasiones.

Una voz, mejor dicho un rugido de león se escuchó tras la puerta. Piensas en Pierre y en efecto, él abre la puerta. Te quedaste aturdido por un segundo cuando observaste a un viejo con cara y manos de águila y ese voluminoso cuerpo de león, era el tipo clásico del grifo, el animal mitológico que significaba la conjunción de la materia volátil y la fija para los alquimistas y que se reducía a esas palabras en latín *Fac Fixum Volatile Et Volatile -Fixum*.

Entras al recinto. Para ese momento Raymundo surge de los tonos ocres de una penumbra de pintura de Rembrandt o de una película Eastman. Se acerca con su sonrisa: ¿Ya conoces a Pierre verdad? Se saludan y sigue por el corredor. El aroma de una atmósfera de humedad añeja y extraña penetra a tus pulmones. Pierre, sin decir nada entra a una sala totalmente a oscuras donde se oye la voz de la vieja: ¿Quién es? Raymundo abre una puerta y se adelanta. Un aroma de incienso de jazmín cambiaba radicalmente el ambiente.

Tu curiosidad se evidenciaba apenas al observar ese suntuoso cuarto, iluminado a media luz, con una chimenea al centro, dos balcones por el que se podía observar Saint Michel, los gobelinos, los candelabros de plata sobre la chimenea. Raymundo te invitaba a ponerte cómodo, te acercó a una poltrona, te invitó una copa de vino tinto. Das un sorbo a la copa. Ese vino produce la parte sensorial de esa entrevista. Raymundo, adivinando tu interés, saca una pipa, la enciende dándole unas tres bocanadas. Para ese momento, ya se ha convencido de que todo estaba bajo control. La sonrisa mandrakiana de Raymundo lo denota.

La condesa es una vieja genial. Se les escondió a todos, aprovechó la confusión política y se estableció en París. Ella está casi ciega, no tanto por su vista cansada como por la tacañería de no comprar unos lentes nuevos después de que se le rompieron los últimos. Esa deficiencia ha dado lugar a una compensación: distingue las pisadas por la escalera, conoce y diferencia a sus vecinos a pesar de no haberlos visto nunca por el ruido de sus pasos. A ti ya te tiene identificado, si regresas no va a ser necesario que toques la puerta.

La condesa de Luxemburgo no es otra sino aquella aristócrata que desapareció de la vida social en la época que Luxemburgo fue ocupado por el imperio alemán en 1914 hasta el fin de la primera guerra mundial. Eso actualmente no tiene nada de extraordinario, cuando famosas estrellas de cine desaparecen de la vida artística, para entrar a un retiro espiritual reforzando los mitos. Lo extraordinario con ese retiro de la vida aristocrática desaparecería propiamente la realeza europea. Lo que queda en Inglaterra, en los países bajos, en los nórdicos y lo que se da en Mónaco, son simplemente concesiones que tienen más que ver con las relaciones públicas, que a las necesidades de esos estados. La falta de realeza en muchas de esas familias, ha quedado demostrada en el affaire Lockheed, los reyesitos estuvieron a la altura de cualquier gorila latinoamericano, como el presidente mexicano al aceptar los sobornos por la compra de los aviones Hércules fue tan poco elegante como antipatriótica y no digamos el papel del príncipe Rainiero, sacerdote de Birjan en sus templos-casinos. Las revistas lo convirtieron en un prototipo de los playboys. Esa desaparición provocó

en el archipiélago cultural europeo una agitación entre la realeza europea, mientras, la sociedad política a su servicio actuaba con veladas premoniciones del mundo nazi, que estuvieron a tono con la primera guerra mundial, que cambiaría el rumbo de la historia, sino algo más profundo, la libertad personal. Basta un signo como ejemplo, el pasaporte no es una necesidad de estado, sino la elevación de clase ecléctica que deja sin sentido la vieja discusión de Hobbes y Rousseau de autocracia o democracia. Fortalece una realeza de arribismo extraordinario que se abroga el derecho de gobernar el mundo: la burocracia y su cultura tramitológica. Con ello la burguesía dejó la puerta abierta para su paulatina desaparición.

Entonces, deseabas saber algo sobre Pierre, preguntaste por éste y tu amigo respondió: el gracioso pequeño no es sino el que aparece en las fotografías del pasillo que tú no has podido observar todavía. Niepce, el inventor de la fotografía —jamás hubiera imaginado allá en Saint Loup de Varennes, que su invento mostraría un caso insospechado, en cuanto la aplicación de este a Pierre, sucedía casi lo mismo que con el retrato de Dorian Gray, con cierta variable. El jovencito de los daguerrotipos no envejecía en su edad mental a pesar de que sus facciones se hacían adultas cada día. Y al decirlo lanzaba una risa chocarrera y levantaba su copa invitando un trago. Luego, alcanzando un cartapacio lo puso en tus manos y te dijo: te regalo de recuerdo el guión técnico de la película.

Aquí, ahora, estoy en un cuarto blanco. Y con el alma errante por los tiempos, para decir lo que merezca contarse. Decirlo en todas las conjugaciones: hablaré de los amigos, de los que viven cuando yo he vivido. De los

que han desaparecido, cuando yo he desaparecido. De los que olvidé, de los que me olvidaron. De los que me apartaron de su recuerdo, cuando los aparté del mío. Del asesinato increíble de nosotros, cuando yo-tú-él, sentimos que me iba —les iba a matar—, a destruirnos a todos nosotros, a todos ellos. Cuando oficialmente nuestra muerte era un veredicto inapelable. Y en esa sala de justicia, donde los dadores de condenas, firmaron la resolución de víctimas y verdugos en el patíbulo. Cuando nos enviaron a otro mundo, sin ser siquiera un nombre o una imagen.

Así están las cosas, como aquellas ciudades contemporáneas, cimentadas sobre una capa de muerte, que cubre paredes y techos de las habitaciones de la gente de otros tiempos. La casa donde está la mesa en que escribo, esta ciudad está en la misma condición, por lo mismo podemos caminar por esas calles, descubrir nuevos lugares, participar de los acontecimientos de otros tiempos, conversar con los fantasmas que se confunden con la música actual... en las frases que se dicen habitualmente, mezclándose con el aire que cruza nuestros pulmones, cuando todo es murmulante en nuestro interior, cuando todo alrededor es silencio, cuando los pasos se desvían de la ruta prefijada y caminas por una calle diferente con curiosidad por el interior de un mueble, con el asombro que provoca lo desconocido.

Cuando tú lector eres capaz de amar esos rostros que se han apartado de tus ojos, o que no estuvieron al alcance de tu mirada y participas de un sueño, o una canción y te puedes sentir diferente a las comunes ocasiones cuando

la necesidad de la vivencia te lanza a buscarla aquí y ahora, la misma mirada, la misma sonrisa.

Raymundo en la nave pétrea, decía que hay cosas desagradables en nosotros, las cuidábamos para que estuvieran ahí, como una mala compañía, como las costras de los niños. Producidas por raspones y con el tiempo van tomando un color blancuzco, agrietadas un poco rojas. Esas capas que nos protegen de una infección que en un principio duelen y conforme pasan los días se va haciendo insensibles y se pueden quitar y dejar la piel nueva.

La costra mental requiere ser investigada, es como un iceberg que oculta un volumen más grande que el visible. Surge después de una experiencia negativa con alguna persona. Las secuelas como los resentimientos, las incomodidades, las actitudes negativas, las ataduras al pasado, son especie de partículas etéreas que tienen su significado. Esas pequeñas conductas se van estratificando en la mente, lo mismo que las capas de la tierra. Cuando pensamos porque no podemos cambiar. Sucede que nos está estorbando la costra mental. Toda mi vida ha sido aplicada al reconocimiento en mi ser de ese tipo de dificultad. Sin embargo, la costra mental se hallaba inmersa en un proceso de perfeccionamiento, desde un huevecillo, larva, crisálida y el lograr las propias alas.

Y entonces como una revelación, reflexionabas los recuerdos y anécdotas en El ropero es que significan tu costra mental. En México, antes de llegar a París habías soñado que bajaban Sergio y tú en la motocicleta con el sidecar del Desierto de los Leones y pasaban por la Rue de San Jacques en París, luego por Rue du Petit Pont y decidieron entrar en el bar Polly Maggoo. Sergio que se

asomaba y decía: se ve que todos están tranquilos, los únicos que la podemos hacer de pedo somos nosotros. El lugar era oscuro y tenía un cartel con una cara de mujer y la leyenda: *¿Qui étes—vous Polly Maggoo?*

Al entrar cortaste con las manos el humo de los cigarrillos y tu mirada penetraba a ese espacio de luz mortecina. En la penumbra mirabas las caras demoniacas con ojos cargados de sadismo. Dialogabas con los retratos de los decapitados por la guillotina. Luego Sergio se puso a filosofar: aquí hay más realidad que en Sanborns o Denys, en este medio de putas y cabrones no hay puntos medios, nadie se quiere pasar por otro, hacerse diferente a lo que es, todos hacen bien su papel. Son unos actores excelentes como Oscar Yoldi y Ofelia Medina, pero sin libreto. Por eso me gusta la noche, me fascina el LSD, la mota, el pasonshain y el rocanrol. Me gusta el destrampe con los iguales a mí. En este infierno del vicio me siento a toda madre.

En el sueño sentías estar en un lugar maravilloso. Es difícil explicarlo, no basta imaginarlo ni soñarlo, es necesario vivirlo. Sergio manifestaba: aquí está El Mare Magnum. El mar divisorio. Ese espacio era el Polly Maggoo, el espacio del bien y el mal. Recuerdas que estaban sentados en unas bancas, sus espaldas tocaban las de unas lulús pasables que eran acompañadas por sus novios motociclistas *Nacidos para Perder*, los decapitados.

¿Y tú no te sientes como yo? Sublimado, feliz con estas chavas franchutas y estos asesinos de otra época. ¿A lo mejor tú y yo también lo somos, por qué no? ¿A poco no has deseado alguna vez matar a alguno? A lo mejor en

este sueño terminaremos matando a uno de estos cabroncitos para robarles a sus viejas.

No te azotes, además, cambia de rollo. Porque ahora no estamos en México donde eres halcón y andas con la metralleta abajo del asiento de la nave, haciendo tu numerito de oreja en CU, o Acuario como le llaman a los vagos como tú, que lo único que tienen es coordinación motora para apretar un gatillo o dar un varazo de kendo —como lo hicieron en el estacionamiento del Museo de Antropología contra los parabrisas de los autos que dejaron los estudiantes para ir a la manifestación del silencio—. Pero sin cerebro para pensar para quién trabajan. No sólo son los paramilitares que los entrenan, junto con los parapolicíacos, sino los que están atrás de todo ese argüende: los parapolíticos.

Y tú le respondías a Sergio, mejor brindemos por la sífilis que se esconde en la risa de estos locos. Donde el Chanel número cinco, esconde un aroma pútrido, como de huevos quemados de la bruja que te hace limpias y te enmierda de malas vibras, de temores y de falsas esperanzas. Lo mismo que la tersura de una piel te hace sentir simpatía por el diablo.

Ajá —recordaba Sergio—, los Stones.

Brindemos por este sueño de plástico, donde la energía sutil nos hace ver la carne como cera. El humo del tabaco como pelo de ángel y oler la acidez de los mingitorios como queso rancio. A estas pirujas apestosas las confundimos como a princesitas del colegio Reina Elizabeth. ¿Entonces qué, te quedas o te vas? ¿Acaso no te das color dónde y con quién estamos?

Entonces se acercó Eréndira y te abrazará con ternura y sientes sus pechos sobre tu espalda, volteas y reconoces esa luz en sus ojos claros. Sonríes. Ella te dice: *Nous allons seulement cent francs et la chambre*. Sergio voltea y pregunta: ¿se quedan o se van?

Allí donde termina el sueño, es donde debiera comenzar una nueva página que rompa el silencio donde vive un lector incierto. Y ahora la reescritura de un viejo texto, la página donde debiera recomenzar esta narración como en el mito del Ave Fénix, nuestros finales siempre serán comienzos.

Esto será más que escudriñar el interior de un viejo ropero. Penetrar en ese laberinto de polvo. Será descubrir objetos carcomidos, papeles amarillos, cartas que no llegaran a su destino, flores secas entre las páginas de un libro con párrafos subrayados. Palabras de tinta descolorida en un diario, de esos manuscritos en que algunos dejan parte de sus vidas para justificar toda la existencia.

En el mundo todavía quedan espacios para guardar viejas historias, pero se debe tener cuidado con el estramonio, el beleno, la mandrágora y el histiamus, que tienen efectos amnésicos para dejar el pasado en su lugar y vivir sólo en el presente.

Y verdaderamente es imposible vivir solamente en el presente. Solamente que estemos en capacidad de escuchar y seguir los consejos de Luigi Nono para concretar la obra artística, aunque sea de una costra mental llena de estorbos. El recordar la vida de hace muchos años, es como construir un museo para llenarlo de basura. Es revivir la imagen de Venecia con banderas rojas, en esa ciudad amniótica, donde se debate la vida y la muerte,

rodeada de agua, los brillos del mar, la marea del Adriático se siente en todos los espacios, en la profundidad del agua y del tiempo, los sonidos del agua envuelven las calles de sol y los puentes que se abren como arco iris cada día. El cielo pasa por la ventana y quiere ser algo, palabra, deseo, sed, alma, ala de mariposa, admiración, concordia y esperanza... en la plaza de San Marcos, el hotel San Gabriele, la música de Vivaldi, el funeral de Luigi Nono, sobre el agua va la lancha llena de flores hacia el horizonte.

Lo recuerdas cuando fuiste a entrevistarlo, tomaste fotos en el concierto. Con su batuta dirigiendo la orquesta. Es la música que surgía de los gestos de su cara delgada, de los movimientos de sus manos huesudas. Su cabello alborotado, su calvicie, su entrecejo, sus cejas pobladas, sus ojos brillantes, profundos, su nariz recta, su fuerte mentón. Su imagen es un recuerdo de ese lugar de encuentro. Venecia, su música contemporánea, la experiencia con su obra. Una tarde caminaron por la plaza de San Marcos, dieron vuelta por el palacio Ducal y al cruzar por un puente, su índice parecía dar principio a una nota musical y dijo: ese es el puente de los Suspiros. Y recuerdas a Luigi sentado en un restaurante en la plaza de San Marcos diciendo:

En mí, es fuerte la idea de la fe que enseña que cuando no logras lo que quieres, es que no sabes querer. No lo quieres demasiado. Que para llegar a lo que se quiere, a esa meta —sólo será— si uno logra superar los obstáculos que el destino nos pone enfrente. Y cuando el cansancio nos llena el cuerpo y el alma. Con ese desgaste aparente, uno necesita tomar nuevos bríos para

aumentar la energía interior. Si uno toma el camino adecuado, aquel que te dicta el espíritu, nuestra vida resulta ser más nuestra.

En otro espacio y tiempo, visualizas como si fuera una fotografía, habían estado Ariana y tú por la avenida de los Campos Elíseos, bajo el sol inseguro de un sábado, cambiando la rutina de no hacer nada, para salir a ver lo que fuera. Toda la semana había transcurrido en el estudio, el cuarto oscuro y luego en los comercios de artículos fotográficos. Y ya en aquella avenida entre los aparadores, sin gastar, es decir economizando en cosas inútiles o bien útiles que después de tanto servir o estar ahí, se harían viejas, se romperían o se tirarían.

Al llegar a la Galerie Point Show se miran de pronto pasar por una pantalla de televisión y Ariana localizando la cámara comienza a hacer muecas, arriscar la nariz, torcer los ojos y la boca. Se reían como cuando estuvieron en Roma y luego Tívoli, jugando con las ramas de los árboles. Después se tomarían un café en la cafetería de Colombia. Conversan sobre Raymundo y el encuentro en aquel film. Y vendrían las imágenes del guión técnico, ese infierno que son las estaciones de trenes, el tráfico, las fábricas de autos, el concepto industrial de los satisfactores, la ética de los profesionistas y la sociedad de consumo, aquellos seres que guardan elementos de tiempos pasados. Por ejemplo, esa condesa que se escondía de algo o de alguien, esos seres que temían a la luz del sol y a la gente. Esas personas del Renacimiento. Piensa que incluso deben tener conceptos mágicos sobre lo que sucede afuera. Imaginarse desde ese balcón ver el tráfico del Boulevard San Michel, es probablemente

ver el infierno. No salir siquiera a tirar desperdicios es el colmo, no importar llenarse de basura. Lo que no me imagino —según describes a Raymundo— es cómo se le ocurrió vivir ahí. No cabe duda, tú y tus amigos son gente de lo más rara. ¿Así son todos los latinoamericanos? ¡Tan locos! Estar con Ariana, es como oír las voces que vienen de la oscuridad.

Y un día volverás a ver tu credencial de recién matriculado que dice: Ecole Pratique Des Hautes Etudes. Siences Économiques et Sociales Sorbonne et 54, Rue de Varenne, París (7e). Carte D'Eleve Stagiaire. Mirarás tu foto y te llevará a recordar y sentir el pensamiento de una generación como ninguna, precisamente la de padres de familia del siglo veintiuno. Y seguirás soñando un mundo mejor.

Índice

CAPÍTULO I

Toma el llavero abuelita 13

CAPÍTULO II

Y enséñame tu ropero 45

CAPÍTULO III

Con cosas maravillosas 93

El Ropero

Enrique Salazar Peralta

Este libro se terminó de imprimir el 31 de mayo
de 2015, se empleó la fuente Bell MT .

Su tiraje fue de 500 ejemplares.

¿Qué es *El Ropero*? Es un mueble literario con distintos cajones llenos de historias, es la memoria que el adulto mayor nos hereda —tal y como sugiere la letra de la canción de Gabilondo Soler que titula sus capítulos— y es también el intento de rescatar un México que ya no existe y la generación que lo habitó. Pero sobre todo, *El Ropero* es una de esas obras literarias que tienen el don. Sus páginas no son leídas en la distancia sino en la inmediatez. El lector que se aventura en ellas se siente realmente transportado a ese mágico universo y deja sus páginas deseando que el viaje hubiese sido más largo. Los primeros extractos fueron compartidos al público en aquel suplemento cultural del periódico El Mercurio, *Trópico de Cáncer*.

Señoras y señores, me corresponde el honor de anunciar el arribo de *El Ropero* a nuestras tierras. La espera ha terminado y ha valido la pena. Disfrútenlo.

Rolando Aguilera
Ciudad Victoria, Tamaulipas



TODOS POR
TAMAULIPAS